



# LA ILUSTRACION CATOLICA

MURILLO. CERVANTES. Balmes. CISNEROS.

ÉPOCA 3.<sup>a</sup>—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 30.—Madrid 25 de Octubre de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	1 ps. fs.
Un año.....	4 "

DIRECTOR

DON MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

## PRECIOS DE SUSCRICIÓN

EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

## SUMARIO

TEXTO.—Revista, por Nulema.—Crónica universal, por D. M. Riera.—Artículo para cumplir, por Blas.—Al Ilmo. Sr. D. Fr. Tomás Cámara, en el día de su santo, por Fr. Conrado Muñoz Saenz.—Los Grabados.—Más sobre la dirección de los globos, por M. Astorga.—Testamento de San Francisco de Asís.—La noche de difuntos, por Gustavo A. Becquer.—María Cristina de Saboya.—Patriotismo y abnegación (continuación), por Esteban Marcel.—Los Capuchinos.—Conocimientos útiles.

GRABADOS.—Francisco Lenormant.—El último viaje.—La noche de difuntos en la aldea.—José para el sol en su carrera.

## REVISTA

EN una semana hemos contado ocho crímenes en Madrid; es decir, que hemos salido á más de uno por día. Las circunstancias de estos crímenes son horribles; la pluma se resiste á referirlas. Todavía no han dejado de sonar en nuestros oídos los lamentos desgarradores de cuatro niños que vieron caer cadáver á su madre en la calle de San Hermenegildo, asesinada ferozmente por su marido. Tuvimos la desgracia de hallarnos cerca de aquel lugar en los momentos de cometerse el crimen, y pudimos participar del espantoso horror de sus circunstancias increíbles.

El vecindario de Madrid debe vivir con mayor alarma que un naufrago en una isla poblada de antropófagos. Por la cosa más insignificante, por un capricho de la ferocidad de un malvado, caen á tierra los hombres, desgarrados por la navaja.

La Autoridad, movida por el horror de tantos asesinatos, ha comenzado á recoger las navajas de las personas sospechosas que recorren las calles en las altas horas de la noche. En la primera pesquisa ha recogido más de ciento. Estas navajas tienen una forma especial, constituyen un adelanto en la acción mortífera de esta arma de foragidos, porque también para las navajas ha de haber progreso.

Son cortas para manejarse mejor y llevarse con más disimulo; pero la hoja se encorva hacia la punta, ofreciendo una convexidad en su filo, mediante la cual, al penetrar y al salir, desgarran, abriendo ampliamente la herida para que penetre con desahogo la muerte. Así estamos oyendo que un pinchazo basta para matar á un hombre, y se comprende; las heridas están hechas con tal arte, que es imposible que no respondan á la maestría y eficacia del instrumento.

Los asesinos no pueden tener queja del progreso moderno; pues si bien la dinamita ofrece medios de acabar en un instante con un pueblo entero, no por eso ha quedado desatendida la navaja, que sirve para deshacerse tranquilamente de un solo hombre.

Hé aquí el progreso material en todo su esplendor, multiplicando los medios de destrucción y proveyendo de medios, cada día mas eficaces, á los malvados para llevar á cabo sus execrables propósitos.

Entre tanto el progreso moral, única defensa segura contra los depravados intentos de los hombres, lejos de seguir al material, retrocede, y la sociedad se queda indefensa ante la turba multa de asesinos que la bloquean, armados con la dinamita y la navaja.

¿Son estas alarmas nuestras jeremiadas de corazones tímidos y de entendimientos reaccionarios? Contesten los tribunales de justicia con sus estadísticas criminales, y los hombres de bien con sus lamentaciones estériles.

Nadie está aquí seguro de no morir de un navaja.

No podrá decirse más del Congo.

Convertamos la vista á otro asunto más grato, que

trae estos días harto regocijadas á las letras patrias.

No há muchos meses que publicamos el retrato y la biografía del ilustre Tamayo, pagando un tributo de admiración á su gloria, velada entre nosotros por la conspiración del silencio. Pocos días hace también que, ponderando la súbita prosperidad de un torero afortunado, lamentábamos que los toreros, es decir, los gladiadores de ahora, en pocos días se hacen ricos y poderosos, mientras que los grandes ingenios, los profundos sabios que honran á España con sus obras, viven oscurecidos y casi pobres, sin que nadie se acuerde de ellos como no sea para explotarlos. Con este motivo citábamos á Tamayo, oscurecido en un rincón, él, que ha dado tanta luz y tanta gloria á su patria.

Con estos antecedentes dicho se está que nos sirvió de gozo el decreto que el día 16 publicó la Gaceta, en el cual se nombraba á Tamayo director de la Biblioteca Nacional y jefe del Cuerpo de bibliotecarios y archiveros.

La Academia Española, de cuya ilustre corporación es Tamayo secretario perpetuo, acordó, en la primer Junta celebrada después del nombramiento, felicitar por él al ministro de Fomento y al director de Instrucción pública que lo han suscrito; y nosotros, amantes de las glorias patrias, tan dignamente representadas en ilustres católicos como Tamayo, unimos nuestro humilde voto al de la Academia, que, sin atender á otra mira que al honor de su nombre y á los merecimientos de su secretario perpetuo, ha sabido unir en un sentimiento común á hombres de diversas opiniones políticas, desde Nocedal hasta Castelar.

Sabemos, porque es público, que para lograr que aceptase el cargo ha sido preciso ejercer sobre Tamayo todas las influencias de la amistad; si rendido al ruego de sus mayores amigos ha aceptado, no queremos darle lo que no querrá recibir: la enhorabuena.

Nos la damos nosotros, que le queremos. Y se la damos á las letras patrias, que tienen en él uno de sus más ilustres representantes.

Aun á riesgo de fastidiar á nuestros lectores con tanta tauromaquia, nos vemos obligados á volver una vez más á los toros.

La Correspondencia, que por tocar muy de cerca todos los sucesos diarios no se asusta de ninguno, decía el domingo por la noche:

«El jueves hubo toros en Madrid, el viernes y el sábado en Valdecas; hoy y mañana vuelve á haberlos en Madrid, y el jueves también, y el domingo otra vez.

»Lagartijo parece que ya ha perdido la cuenta de los toros que ha matado este año.»

Y lo mismo le sucederá á Frascuelo,



FRANCISCO LENORMANT.

Nació en París en 1837; murió en Diciembre de 1883.



y á Mazzantini, y al Curro, y al Gallo, y á los demás primeros espadas de nuestra gran escuela taurina.

¿Qué dicen á esto esos apóstoles de la cultura moderna, que maldicen y blasfeman de los tiempos pasados porque en ellos hubo corridas de toros? Ellos no dirán nada, pero nosotros tenemos algo que decirles.

En la Edad Media se corrían toros, aunque no como ahora, pues aquél era un ejercicio como de guerra, y los que corrían toros en los días de ocio corrían en los demás moros, librando á España de la servidumbre de la cimitarra.

En tiempo de Pepe-Hillo se lidiaban toros como ahora; pero aquel pueblo, que se gozaba en el espectáculo taurino, supo, cuando llegó el caso, desplegar toda la energía de su gran carácter y librar á España de las garras de las águilas napoleónicas.

¿Y ahora? La afición á los toros se ha centuplicado hasta el punto que se demuestra en la noticia de *La Correspondencia*; pero en cambio ni los lidiadores corren moros, y eso que no faltan, ni el público despliega, y no faltan ocasiones, el vigor de su patriotismo.

El toro es hoy una profesión, y tan lucrativa que no hay muchas que compitan con ella; y el público madrileño, si por la tarde se divierte con los riesgos y peligros, con la sangre y el furor de la lidia, por la noche se goza en aplaudir las liviandades y coqueterías, las bufonadas y escándalos de las comedias francesas representadas por la Chaumont y la Judic.

Reconociendo que las corridas de toros son espectáculo fiero que debiera desaparecer, tenemos que convenir en que nuestra cultura ha consistido en crear nuevos espectáculos perniciosos y en multiplicar el de los toros sin atenuarle con ninguna circunstancia de guerra. Sumar lo malo antiguo, después de multiplicarlo, con lo malo moderno. Las restas quedan íntegras para la moral.

\*\*

El beneficio y despedida de la Judic ha sido un suceso, un acontecimiento, un delirio de la buena sociedad madrileña. La prensa le ha dedicado largas columnas, y en los círculos aristocráticos no se ha hablado de otra cosa durante una semana. ¿Quieren ustedes saber lo que pasó allí? Pues no podemos decirlo sin manchar las páginas de nuestra ILUSTRACIÓN CATÓLICA. La Judic echó el resto, y echar el resto la *diva* de los bufos parisienses es echar el resto de todo pudor, de toda decencia, de todo respeto á la moral y á la buena educación de un pueblo culto, para ostentar, con la más cínica desvergüenza, la desenvoltura de las elegantes ramerías de París.

Oigan nuestros lectores lo que un periódico, órgano de la buena sociedad madrileña, ha dicho acerca de la Judic y de la índole de sus representaciones:

«Con sus hermosos ojos, llenos de elocuencia y animación, con su encantadora y dulce sonrisa, con su figura de elegancia y distinción supremas, con su voz penetrante y conmovedora, *idealizó las mayores rudezas* y arrebató al público, que, pendiente de sus labios, recorría con la imaginación *caminos llenos de escabrosidades*, sin que nada viniese á inquietar los sentidos.

»Porque ése es el arte de la Judic. Dice los *mayores horrores* con el aire más inocentón del mundo. Muchas de sus canciones, como la del *Colonel en La femme a papa*, SON DE CABALLERÍA.

»Puede y debe rechazarse la canción; pero ¿quién resiste la vocerilla de oro con que la canta? Condenemos las canciones en nombre de la moral, pero absolvamos á la graciosa *chansonnrière* en nombre del arte.»

Pero, señor, ¿es posible que se escriba esto á la faz de un pueblo cristiano? Y no es lo peor que se escriba; lo más horrible es que pase, y que las palabras del periódico aludido sean eco fiel de una sociedad decente.

Pues tengan presente nuestros lectores que esto no es ni sombra de lo que pasó allí; que á las palabras sucedieron los hechos, y que la Judic, acompañada de Ardérius, se rieron de la moral en la escena, haciendo alarde de una desvergüenza sin ejemplo.

Nuestros lectores querrán saber si el público era numeroso; pues juzguen por este dato: la entrada en un teatro que no es de los mayores de Madrid, en el de Jovellanos, produjo *seis mil quinientos duros*.

Y lo peor no es que hubiera mucha gente, lo peor es que hubiera muchas señoras. A este propósito dice un periódico:

«En París las señoras no van, por regla general, á los teatros en que se representan las piezas que más efecto, por lo visto, han producido en Madrid; y si saben que hay actrices que se llaman la Judic,

la Chaumont, la Theo, la Grassier, es por lo que dicen los periódicos.

»En Madrid, la Favart, que es una actriz distinguidísima y decente, no hizo fortuna; Sarah Bernhardt, que es una gran trágica, excitó la curiosidad, más que por su talento, por la fama de su vida excéntrica; mientras la Chaumont entusiasma y la Judic ha electrizado á la alta sociedad madrileña.»

Ni una palabra más.

\*\*

¿Por qué prodigio de misericordia nos hemos librado del cólera?

Ya se ha extinguido en nuestras ciudades de Levante; pero ¿no quedarán ocultos sus gérmenes en nuestro suelo para desarrollarse en el verano próximo?

Podrá ser; pero aquí, ¿quién conoce ya el miedo?

NULEMA.

## CRÓNICA UNIVERSAL

**S**i las condiciones sanitarias de Roma siguen mejorando, el 27 de este mes se celebrará el Consistorio secreto, y el solemne el día 30. En estos dos Consistorios el Papa preconizará gran número de Obispos de Italia y de fuera, pero no creará por fin Cardenales franceses.

La Santa Sede exige para dicha creación de Cardenales que sea restablecida la asignación señalada á los príncipes de la Iglesia en Francia, actualmente suprimida del presupuesto contra todo derecho y principio de justicia.

El embajador de la República sólo había podido dar buenas palabras, promesas vagas de un porvenir mejor; pero ¿cómo tener confianza en estas promesas, cuando no han dejado un momento de ser desmentidas por las obras del Gobierno de la República, y últimamente por el episodio de la sacristía de San Nicolás del Campo?

El embajador de Francia cerca de la Santa Sede ha marchado á su país con licencia, hecho que llama la atención, pues justamente ahora es cuando todos los diplomáticos regresan á la ciudad eterna.

Habiendo anunciado algunos *Boletines eclesiásticos* de Francia que la Encíclica de Su Santidad sobre el liberalismo se publicará antes del próximo Consistorio, el *Journal de Rome* dice «que es cierto que el Padre Santo trata de definir en una Encíclica lo que la Iglesia condena bajo el nombre de liberalismo, á fin de poner término, por medio de una definición soberana, á las discusiones de la prensa y á las incertidumbres de los católicos», pero que no lo es que esta Encíclica deba publicarse antes del próximo Consistorio. En efecto, según parece, León XIII desea que su nueva Encíclica vea la luz pública en día memorable para todos los católicos, por lo cual no creemos imposible que la publique el 8 de Diciembre.

La Sagrada Congregación de la Propaganda publicará en breve, reunidos en un volumen, todos los documentos relativos á su expoliación. Será un elocuente proceso contra la revolución italiana y contra la complicidad de los Gobiernos de Europa.

Nuevo triunfo de los católicos belgas.

Las Agencias telegráficas, entregadas al masonismo y al radicalismo, huyen de hablar del triunfo obtenido por los católicos en las elecciones municipales; pero su silencio importa poco, ó, por mejor decir, es más elocuente que sus mismas noticias, é indica que en Bélgica los liberales han sufrido una nueva derrota.

Sin embargo, las mismas Agencias, después de haber dicho que el triunfo había sido de los liberales, que habían ganado por completo las elecciones, se ven obligados á confesar lo contrario. Hé aquí su declaración última:

«Ya se conoce el resultado completo de las elecciones municipales verificadas anteayer en toda Bélgica.

»La clasificación se ha hecho por Ayuntamientos de capitales de distrito y por Ayuntamientos de cabezas de partido judicial.

»En los primeros han ganado los católicos en dos más que los liberales, y en los segundos en tres.

»Mas como los liberales han obtenido mayoría en las grandes poblaciones, los periódicos de dicho partido sostienen que ellos han ganado moralmente las elecciones.

»A esto contestan los periódicos católicos con los datos recibidos durante todo el día de ayer de

las elecciones de los pueblos rurales, que les dan la ventaja numérica.»

Bien se ve en este telegrama que los liberales tratan de ocultar su derrota con paliativos inútiles. La victoria ha sido de los católicos.

Ahora se recrudecerán los motines, que es el medio *legal* de que se valen los liberales para escalar el poder; pero cuanto más franco y brutal sea el ataque de los liberales, más obligados se verán los católicos á emplear en la defensa un vigor justo pero implacable.

Entre los liberales ha surgido una honda división, hace tiempo iniciada; pues mientras los liberales doctrinarios aconsejan la moderación en las manifestaciones públicas, los radicales no ocultan, antes por el contrario hacen alarde de sus tendencias republicanas. Hace pocos días que el Rey fué insultado en un boulevard de Bruselas; no pasa día sin alguna manifestación de este género.

Aprendan los Reyes lo que pueden esperar de los partidos liberales; en cuanto les retiran su apoyo, se les ponen de frente. La historia contemporánea está llena de estos ejemplos.

Conferencia de Berlín.

Tal es el asunto que hoy embarga la atención de los diplomáticos. El objeto de esta Conferencia será asegurar la libertad de comercio en el Congo y el Niger. Con este motivo se tratará de definir los derechos de ocupación de los territorios no sometidos aún á naciones civilizadas.

¿Qué se propone Bismarck con esta conferencia? Hay quien dice que indisponer á Francia con Inglaterra á fin de mantener el aislamiento de la primera.

El hecho es que en la Conferencia van á tratar de consolidarse las ocupaciones irregulares hechas por naciones europeas en las costas occidentales de África, fijando al propio tiempo reglas para las ocupaciones sucesivas, y que España, llamada más que potencia alguna á fijar desde remotos tiempos su vista y sus ulteriores cálculos en aquel vasto continente, debe no descuidarse y estar muy prevenida y con ojo avizor á los tratados del Congreso para alegar razones y derechos cuando las circunstancias lo reclamen. Nosotros poseemos varios lugares en aquellas costas, y especialmente en el golfo de Guinea; necesitamos gran defensa por la apatía con que mira siempre el país estas cuestiones importantes, en las que hay, por lo general, gran desconocimiento, y es preciso por ello que el representante español en la Conferencia se tome gran empeño, y muestre tenacidad y decisión constante en defender nuestros derechos é intereses.

Las buenas relaciones que hoy tenemos con Alemania pueden servir de mucho.

Tristes noticias nos llegan de Rusia, más tristes aún si se confirman que todos los atentados de los nihilistas que puedan imaginarse.

Cuando parecía restablecida la paz de los católicos con los acuerdos del Gobierno imperial y el Vaticano, estalla ahora de nuevo la persecución.

Hé aquí el hecho: Mons. Gintowt, Arzobispo de Mohilew y Metropolitano de Rusia, ha dirigido últimamente á sus sacerdotes una circular muy digna y muy justa. Mons. Gintowt invita á su clero á remitirle cuanto antes todas las órdenes del Gobierno en materia eclesiástica, y á no obedecerlas hasta después de haber recibido la autorización del Ordinario.

Apenas el ministro del Interior de Rusia ha tenido conocimiento de esta circular, ha dado un decreto en el que declara que los Obispos poseen sólo un derecho de inspección, y que la dirección superior de las diócesis pertenece á la administración civil.

Esta decisión es la negación de la jerarquía católica, la violación en principio del último acuerdo entre la Santa Sede y el Gobierno del Czar. Aplicada rigurosamente, conduciría á la destrucción de toda autoridad eclesiástica.

¿Volverá el Gobierno sobre su acuerdo? Dios lo quiera; porque si bien el mayor daño será para el Gobierno imperial, asediado por la Revolución, los católicos no debemos alegrarnos del mal del prójimo, y menos cuando este mal cuesta lágrimas á la Iglesia.

La cuestión religiosa en Prusia sigue con las mismas alzas y bajas.

Se ha autorizado la vuelta á su diócesis y parroquias á los sacerdotes católicos expulsados por su resistencia á las leyes de Mayo. Pero esto no puede satisfacer á los católicos, que siguen pidiendo, y hasta que lo logren, la abolición de esas leyes y de los poderes discrecionales del Gobierno.

La Germania ha recibido un despacho de Roma,



en el cual se dice que la Congregación encargada de estudiar los asuntos exteriores de la Iglesia debe reunirse á fines de Noviembre para deliberar sobre las proposiciones del Gobierno prusiano. Según el mismo despacho, no se cree en el Vaticano que pueda llegarse á un acuerdo.

Está visto que lo que quiere Bismarck es ir dando largas á las negociaciones; mientras el Canciller no cambie de propósito, la cuestión será, porque él quiere que sea, insoluble.

De las guerras pendientes no hay muchas novedades que referir, á no ser de la de China, donde los franceses han sufrido dos derrotas. El mal tiempo ha paralizado las operaciones.

En la región del río Colorado han aparecido grandes fuerzas enemigas. Esto prueba que la cosa se pone muy seria. *El Times* ha publicado un despacho en que se dice que sin un ejército de cuarenta mil hombres Francia no podrá emprender operaciones definitivas.

En París reina gran disgusto con la guerra. La izquierda radical va á emprender una ruda campaña contra el Gobierno con este motivo. Verdad es que el Gabinete, según todas las probabilidades, tiene mayoría segura para resistir este ataque; pero se advierten dos tendencias dentro de aquélla: una favorable á la continuación de las represalias en la forma que se están ahora llevando á cabo, y la otra partidaria de un golpe decisivo, enviándose á China cuantas fuerzas navales y terrestres sean necesarias.

Dícese que entre estas dos tendencias, el Gobierno optará por aquella que reuna mayor número en la Cámara.

Hay varios ministros que se muestran conformes con la segunda tendencia.

Nada, sin embargo, puede preverse sobre el resultado, pues éste dependerá de los acontecimientos.

De la guerra egipcia adelantan poco las noticias.

El Gobierno inglés las ha recibido de Massuah, según las cuales el general Gordon se encuentra en Sennaar cobrando contribuciones. La situación actual es la siguiente: El Nilo, desde Berber hasta Sennaar, está en poder del general Gordon, mientras que el Sudán Oriental y el litoral del Mar Rojo, fuera de Massuah y Suakin, están en manos de Osman-Digna.

En el Vaticano se han recibido últimamente consoladoras noticias de Constantinopla. Ha sido elegido Patriarca de aquella ciudad Mons. Joaquín, Arzobispo griego cismático de Derkos, que pasa por estar dotado de un espíritu recto y animado de disposiciones favorables á la reconciliación de los griegos cismáticos con la Santa Sede. Deseo León XIII de aprovechar estas buenas disposiciones de Mons. Joaquín, ha ordenado que salga cuanto antes para Turquía Mons. Ferrata, con instrucciones especiales para tratar esta cuestión importantísima como Delegado apostólico en Constantinopla.

Mejor van las cosas en Turquía para la Iglesia que en los países cristianos y católicos de Europa.

En la República argentina se ha fundado una Asociación católica que en tres meses ha llegado á contar treinta y dos asociaciones organizadas, que comprenden diez mil católicos, y á establecer doscientos sesenta círculos de obreros.

Si bien en las elecciones de diputados no ha obtenido el triunfo, «merced, dice el Sr. Estrada, al aislamiento y desconcierto de los elementos cristianos, á fraudes sin nombre, á traiciones vergonzosas, y aun á inauditas violencias...», se felicita dicho señor de que «no todos los labios estén destinados á blasfemar en el Parlamento argentino».

El estado financiero de la Asociación es próspero, gracias á las cuotas que pagan tanto los socios protectores como los cooperadores, y á otros pequeños recursos.

Del discurso del Sr. Estrada en la Asamblea de la Asociación de 15 de Mayo sólo diremos que está lleno de fuego y de inspiración católica, y que mereció al terminar que la Asamblea se pusiese en pie aclamando entusiasmada al orador. El Sr. Arzobispo y varios miembros del Congreso le abrazaron. El señor canónigo Dr. Yañiz exclamó: ¡Viva el O'Connell argentino! Y todos los circunstantes gritaron unánimes: ¡Viva!

El Sr. Estrada es el presidente de la Asociación. Quiera Dios que todo siga como ha empezado: con el entusiasmo y la unión, que hace fecundas las grandes empresas.

En el Perú aumenta la guerra civil.

Parece mentira que, después de la desastrosa

guerra con Chile, aún tengan fuerzas los peruanos para sostener estas luchas intestinas.

Hé ahí la obra de la Revolución.

M. RIERA.

## ARTÍCULO PARA CUMPLIR



A refrescado notablemente la temperatura.

Me dirán Uds. que la noticia podrá ser fresca, pero no es nueva.

Y tendrán Uds. mucha razón al decirlo; pero yo he tenido también las más para soltar esa liebre como principio de este ojeo decenal.

La verdad es que se acerca el momento fatal en que el avisado aprendiz de la imprenta ha de llamar á la puerta de mi habitación para recoger el original de este artículo, y no tengo un mal asunto sobre que caerme muerto.

En tan apurado trance, he hecho lo que solemos hacer en una de esas visitas de pura fórmula que hemos inventado para tormento de quien las hace y fastidio de quien las recibe.

Como en esa clase de entrevistas no hay generalmente asunto serio y determinado que tratar, resulta que, después de cambiar los saludos de ordenanza, tomar asiento y mirarse mutuamente visitante y visitado, es necesario que uno ú otro rompan el silencio.

La situación no deja de ser difícil, porque ni el otro ni el uno tienen nada que decirse, y el uno y el otro comprenden que es absolutamente preciso decir algo.

Así suele suceder que, pasado un intervalo de silencio, durante el cual cada uno busca y no encuentra la primera materia con que se ha de fabricar la conversación, hacen ambos un poderoso esfuerzo de ingenio y dicen á la vez:

— «¿Qué tiempo tan fastidioso!

— «Con efecto — contesta cualquiera de ellos, como si sólo hubiera hablado el otro — es muy fastidioso este tiempo.»

Si lo fastidioso del tiempo consiste, por ejemplo, en lluvias pertinaces, prosigue el diálogo, poco más ó menos, en esta forma:

— «Las calles están intransitables... Este Ayuntamiento tiene completamente abandonado el ramo de policía urbana.

— «Completamente; así es que están intransitables las calles.

— «Y luego el servicio de coches de punto es tan detestable, que se hace preferible andar á pie no teniendo coche propio.

— «Sí señor, para los que no tenemos coche es mucho más cómodo andar á pie.

— «A propósito de pie, acabo de torcerme el izquierdo al entrar en la calle de *Sal si puedes*.

— «Hombre, ¿y se ha lastimado Ud. mucho? — pregunta con apresuramiento el interlocutor, como si le importara un bledo la torcedura del pie del visitante.

— «No, afortunadamente no es cosa de cuidado.

— «Me alegro.

— «Muchas gracias.

— «Ya que habla Ud. de gracias, la que las tiene por arrobos es la Judic.

— «¡Oh, ya lo creo! Es una mujer que tiene una gracia...

— «Y un desparpajo.

— «Mucho.

— «Y una intención...

— «La intención sobre todo.

— «No se puede negar que es buena.

— «Ya lo creo que tiene buena intención.

— «Quise decir buena actriz.»

Sigue á este despilfarro de palabras un déficit de conversación, porque se va agotando el capítulo de gastos imprevistos que cada cual tenemos en nuestro presupuesto de visitas.

Afortunadamente la señora de la casa, que ha pasado tres horas y media en el tocador, se presenta en la sala.

Vuelven á empezar los saludos y los apretones de manos, circunstancia que aprovecha el marido para balbucear una frase de excusa, despedirse del visitante y escapar de la habitación como quien se escapa de una prisión de Estado.

Siéntase la señora, siéntase el visitante, y esta vez la primera que rompe el silencio es la dueña de la casa:

— «Es Ud. tan excesivamente amable, que ya raya en exageración.

— «Yo, señora...

— «Conozco que estoy faltando á los más vulgares principios de la consideración social...

— «¡Usted, señora!

— «Que prescindo de los severos hábitos de la buena educación... pero Ud. tiene la culpa.»

El caballero, que es un poco fatuo (porque en visitas de cumplido somos fatuos casi todos), dice para su levita: ¿si habré flechado á esta señora? Y añade en alta voz:

— «No creo que Ud. falte á ninguna clase de respetos al dignarse recibirme.

— «¡Oh! Sí señor, sí señor, — exclama con viveza la dama — y yo no abusaría de la situación ni me vería en este conflicto si Ud. no fuera tan bueno, tan apreciable, tan superior al vulgo de los hombres.»

El caballero empieza á sentirse mareado y no despliega los labios, esperando que la señora acabe por hacerle una declaración de amor en toda regla. La dama prosigue:

— «Por eso, por ser Ud. tan amable, yo...

— «Acabe Ud., señora, ó no hubiera Ud. empedrado.

— «Yo me atrevo á recibirle á Ud. de esta manera.

— «¿De qué manera?

— «La pregunta es una nueva prueba de su excepcional galantería. Ni siquiera ha querido Ud. notar que me presento para recibir su visita en este traje de mañana...»

El caballero no sabe qué contestar. La dama no sabe ya qué clase de leña añadir para mantener el fuego de la conversación y... el diálogo se apaga.

Es preciso reavivarle. El visitante echa mano del fuelle de su ingenio, y sopla esta frase llena de gracia:

— «Pero, ¿ha visto Ud., señora, qué tiempo tan fastidioso?

— «No me hable Ud. de eso, porque estoy nerviosa y desesperada con este tiempo.

— «No se puede dar un paso por las calles. ¡Qué baches! ¡Qué lagunas!

— «Sí señor; y gracias á que el Ayuntamiento ahora se esmera en mejorar el empedrado. Mi cuñado, que es Concejal, me decía anoche en el teatro que nunca ha estado en Madrid tan atendida como ahora la policía urbana.

— «Sí, en efecto... ahora... la policía urbana no está descuidada... ¿De modo que anoche estuvo Ud. en el teatro?

— «No había visto á la Judic. ¿Le parece á Ud. qué vida hago?

— «En cuanto á vida, á expresión ó movimiento, no hay nada como esa mujer.»

... Pero advierto, lectores míos, que estamos cometiendo la mayor de las indiscreciones atisbando y escuchando por el ojo de la cerradura lo que se habla en las casas ajenas en el acto de perpetrarse una visita.

Dejemos á los interlocutores salir como puedan de su ardua tarea, buscando motivos de conversación que no encuentran, como no sean tan triviales y forzados como los que hemos oído anteriormente, y volvamos al principio de este soliloquio mío, no menos frívolo é inoportuno.

Empecé, en la visita que tengo obligación de hacer á Uds. cada diez días, como se empieza la conversación en una visita de cumplimiento.

Pero me apresuro á declarar que mis visitas á los lectores de LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA sólo son de cumplimiento por lo que tienen de obligatorias; pero las considero muy agradables y como de confianza, no por la que Uds. me otorgan, sino por la que yo me tomo abusando con frecuencia de su excesiva bondad.

Esperaba yo que á fuerza de hilvanar palabras me diera pie alguna de ellas para entrar en materia, y me veo, después de gastar tanto tiempo inútilmente, en la misma situación deplorable que cuando empecé: sin saber qué decir.

Asunto de conversación podría ofrecerme, en efecto, la personalidad de la actriz francesa cuyo nombre he repetido, por boca de ganso, tres ó cuatro veces en los anteriores párrafos.

Pero ¿qué podría decir de nuevo acerca de una mujer tan traída y llevada, tan aplaudida, tan vitoreada, tan hiperbólicamente enaltecida por la gran mayoría de la prensa, por lo más distinguido de la buena sociedad madrileña, por el público que frecuenta nuestros espectáculos?

En primer lugar, no he tenido el gusto de verla; porque todo es cuestión de gustos, y el gusto mío (al fin gusto de viejo) es alejarme de todo aquello que no ha de darme gusto. Y yo sabía muy bien que no hallaría gusto en asistir á la exhibición plástica de una artista como la celebrada Mme. Judic.

Que es hermosa, dicen los que la han visto; me alegro de que lo sea; pero esa sola cualidad, tratándose de una actriz, no me satisface ni puede satisfacer al que busca la *belleza del arte* y no el *arte de la belleza*.



Que es una artista eminente en el género bufo francés, repiten las cien trompetas de la fama en Madrid. Esto ya es algo, pero no lo bastante para imponerme la necesidad de ir á admirarla.

El género bufo es la negación del arte, y no se me alcanza cómo pueda llamarse artista eminente á la que ha hecho de esa especie de tambor de titiritero el pedestal de su fama.

No me opongo á que se expida el título de *eminente* á un actor bufo, con tal que rebajemos el valor de ese calificativo hasta ponerle al nivel de la *bufonería*. Así podré llamar al buñolero de mi calle *eminente artista en frituras farináceas*, á mi criado Roque *eminente fámulo*, al que pregona sus específicos desde un coche en la Plaza Mayor *eminente charlatán*, etc.

Yo respeto mucho el juicio de los encomiadores de Mme. Judic; mas con todo el respeto posible me atrevería á preguntar á la inmensa mayoría: ¿saben Uds. francés?

Porque no basta, para apreciar el mérito de una actriz bufa francesa y aguilatar los detalles y filigranas de su declamación, conocer el idioma como lo conocemos la mayor parte de los españoles que hemos veraneado un par de temporadas por el país vecino.

Es preciso haber vivido mucho tiempo en París, frecuentado el trato, estudiado las costumbres y aprendido el lenguaje característico de cierta clase de gentes que suministran los tipos y los caracteres á los autores de obras bufas, para constituirse en juez del mérito de sus intérpretes.

Esta falta de verdadero conocimiento del teatro francés en el género bastardo que llamamos *bufo*, nos pone en ridículo á los ojos de los franceses, y sobre todo de los parisienses, cuando nos ven delirar de entusiasmo y entregarnos á las convulsiones del *fanatismo* en presencia de una actriz de mérito relativo, es cierto, pero que en su tierra no pasa de una *apreciable medianía*.

He leído en los periódicos que una de las cualidades sobresalientes de Mme. Judic es la intención con que *subraya*, por decirlo así, aquellas frases maliciosas que esmaltan las obras cómicas francesas y que vienen á ser en la cocina bufa lo que la mostaza, la pimienta y la guindilla en la cocina de los figones. Si esto es un mérito para una artista, convengamos en que tal mérito está al alcance de cualquiera *artista en rábanos* del coliseo de la Plaza de la Cebada.

También he visto por la prensa que la Sra. Judic ha tenido la condescendencia de cantar en castellano las indispensables *peteneras*, que son como la marca de fábrica del *género flamenco*, único género que podemos oponer los españoles al género bufo que nos han importado los franceses.

El entusiasmo ha rayado en locura. La misma *cantaora* se ha asustado del efecto que ha producido en el público.

Es de creer que Mme. Judic no perderá la ocasión de hacer conocer á sus compatriotas estos delicados y elegantes *échantillons* de nuestra literatura y de nuestra música populares.

¡Qué triunfo para nosotros!

BLAS.

## AL ILMO. SR. D. FR. TOMÁS CÁMARA,

AGUSTINIANO, OBISPO DE TRANÓPOLIS,  
en el día de su Santo (1).

En el cáliz de diamantes  
De tu inspirada elocuencia,  
Bebió el néctar de la ciencia  
Mi espíritu juvenil:  
De tu mano conducido,  
Me abrió la filosofía,  
De vida, luz y armonía,  
Mundos y horizontes mil.

Foco inmenso de beldad,  
Luz que inunda tierra y cielo,  
Bajo impenetrable velo  
Dios á mi vista cruzó;  
Y al mirarle, anonadado  
Cerré en silencio los ojos,  
Y postrándome de hinojos,  
Mi espíritu le adoró.

Erguida al cielo la frente,  
De esbelta y noble figura,  
Árbitro de la natura  
Al hombre después miré;

1 Esta composición fué leída por su autor al Ilmo. Padre Cámara el día de Santo Tomás de Villanueva, su Patrón. Para más clara inteligencia de las primeras estrofas, conviene advertir que el autor fué discípulo del hoy Ilmo. Padre Cámara en segundo curso de Filosofía y ciencias naturales.

Y ví en su ardiente pupila  
Do algo de Dios centellea,  
El sentimiento y la idea,  
La inteligencia y la fe.

Mostráronme sus abismos  
La tierra y el Oceano;  
Ví al contacto de tu mano  
El relámpago lucir;  
Y ví del sutil alambre  
Brotar de luz un torrente,  
Y escuché al vapor potente  
Aprisionado rugir.

Tú en la espléndida lumbrera  
Que en la inmensidad gravita,  
La imagen de Dios bendita  
Me enseñaste á contemplar,  
Y su poder y grandeza  
Del aire en los huracanes,  
De la tierra en los volcanes  
Y en las borrascas del mar.

Tú me enseñaste á sentir,  
Tú me enseñaste á pensar;  
La pobre lira al pulsar,  
Tú me diste inspiración;  
Que yo he sentido inflamarse,  
Al influjo de tu ciencia,  
La luz en mi inteligencia  
Y el fuego en mi corazón.

Admite, hermano, y perdona  
Si así á llamarte me atrevo,  
Admite el que yo te debo  
Tributo de gratitud,  
Y permite que este día  
Te manifieste mi anhelo  
De que te conceda el cielo  
Siglos de dicha y salud.

Bien sé que tu noble espíritu,  
De otra vida enamorado,  
Sólo en el cielo ha fijado  
La aspiración de su amor;  
Sí, que en aqueste destierro  
Halla el alma peregrina,  
Por cada flor una espina,  
Por cada dicha un dolor.

Mas tu corazón cristiano  
Columbrará en lontananza  
El iris de la esperanza  
En otra región lucir.  
Y sabes que en esta vida  
Del dolor nace el placer,  
Y es condición del vencer  
La pena del combatir.

Así al hombre, así la vida  
Los dispuso el Criador:  
Mezcla de goce y dolor,  
De grandeza y de ruindad;  
Que es del hombre la existencia  
Cadena que está fijada,  
Por un extremo... en la nada...  
Por otro... en la eternidad!...

Vive, sí, querido hermano;  
Sigue firme tu carrera,  
Que grande lauro te espera  
Como á siervo bueno y fiel:  
Tú que en el claustro vivir  
Quisiste oscuro y modesto,  
Y á quien Dios en alto ha puesto  
Para que alumbre á Israel.

Vive, y tu ardiente palabra  
Otra vez escuche el mundo,  
Y admire el saber profundo  
Que el claustro quiere negar...  
¡Ciego que guía á otros ciegos,  
Pobre á quien pedir conviene,  
Pero que, orgulloso, tiene  
Vergüenza de mendigar!

Cuando tu sabiduría  
Admira el mundo y bendice,  
Aquese hábito <sup>1</sup> le dice:  
—El claustro mi escuela fué.—  
También á nosotros habla,  
Pues tendiéndonos las manos,  
Con él nos dice:—¡Hermanos,  
Jamás os olvidaré!...

Vive, sí, vive y combate,  
Hijo del grande Agustino,  
Sigue intrépido el camino  
Que en el cielo tiene fin:  
Modelo de tus acciones,  
Y tu aliento en la pelea,

1 El Ilmo. P. Cámara usa constantemente el hábito Agustiniiano.

Tu santo y hermano sea  
De Valencia el Serafin <sup>1</sup>,

Fuerte enemigo te espera  
Tras poderosa muralla,  
Y es tu vida una batalla  
Contra el bando del error;  
Mas tú has de llevar, del cielo  
Al conquistar la aureola,  
Del mártir la roja estola  
Ó el laurel del triunfador.

No olvides, al entonar  
El himno de la victoria,  
Que es tu gloria nuestra gloria  
Y tu honor alcanza aquí;  
No te olvides, de la vida  
En las hondas aflicciones,  
Que aquí quedan corazones  
Que ruegan á Dios por tí.

Y ahora ven, y en nuestros brazos  
Descansa, hermano del alma,  
Goza del claustro la calma,  
Ven nuestro amor á sentir;  
Y no olvides, cuando Dios  
Al campo te haga volver,  
Que es condición del vencer  
La pena del combatir.

FR. CONRADO MUIÑOS SAENZ.

Valladolid, 18 de Septiembre de 1884.

## LOS GRABADOS

FRANCISCO LENORMANT

Nació en París en 1837; murió en Diciembre de 1883.

En el número próximo comenzaremos á publicar, no una biografía, sino un estudio extenso acerca de los trabajos de este malogrado cuanto insigne y sabio arqueólogo cristiano.

### EL ÚLTIMO VIAJE

Hé aquí un cuadro del género realista, pero de un realismo altamente conmovedor. Es un entierro en Madrid donde los muertos van en coche y en coche también sus acompañantes. Decía el por muchos conceptos malogrado Becquer: «Tal vez será una ilusión; pero á mí me parece que por el camino que pasan los muertos hasta los árboles y las hierbas toman al cabo un color diferente. Por lo menos allí se se me antoja que faltan tonos calurosos y armoniosos, frescura en la arboleda, ambiente en el espacio y luz en el terreno. El paisaje se hace monótono, y las figuras negras y aisladas.»

El cuadro que reproduce nuestro grabado, no obstante ser copia exacta de la realidad, confirma las imaginaciones del poeta. ¿Puede darse nada más monótono, más descolorido ni más triste?

### LA NOCHE DE ÁNIMAS EN LA ALDEA

Véase el artículo de Becquer acerca de las campanas, brillante y pintoresco como todo lo suyo. ¡Lástima grande que el espíritu del siglo estragase aquel alma tan apasionada de lo grande y de lo bello!

### JOSUÉ PARA EL SOL EN SU CARRERA

Cuadro del Sr. Amat.

Después de la toma de Jericó víéronse los hebreos acometidos por Adonisedec, rey de Jerusalén, que, acompañado de otros cuatro reyes, quiso hacer frente á los invasores de sus tierras. Trabajó la batalla; y temiendo el caudillo de Israel que se le echara encima la noche antes de lograr los frutos de su victoria, oró con religiosa confianza ordenar á la Naturaleza que suspendiera sus constantes leyes; y el sol se paró en mitad de su carrera, concediéndole doce horas más de tiempo para seguir el alcance.

Tal es el asunto de este cuadro del Sr. Amat, que recuerda el poder de Dios y lo que deben esperar de su providencia los que se ponen bajo su amparo. En todas nuestras empresas debemos poner la confianza en Dios: Él sabe y puede proteger á los suyos con auxilios imprevistos.

### DON ANTONIO APARISI Y GUIJARRO

Nació este ilustre español en la hermosa ciudad de Valencia en el año de 1818.

No debemos únicamente el ser y los primeros cuidados á nuestras madres. Ellas influyen en nuestro porvenir, y Aparisi y Guijarro recordaba con profunda gratitud que á la suya debe los sentimientos que han conquistado á su alma la estimación hasta de los hombres poseídos por la pasión política.

A los veintidos años terminó la carrera de Jurisprudencia, y abrió su bufete en la ciudad donde había nacido.

El prestigio que había alcanzado en las aulas, la reputación que conquistó en el desempeño de su cargo, no tardó en elevarle en el concepto de los jurisconsultos más notables de España, coincidiendo todos en opinar que era uno de los primeros abogados de Europa.

Sus paisanos, admiradores de su talento, de su profunda y general ilustración, de su arrebatadora elocuencia, le enviaron á las Cortes en 1858, y poco después, refiriéndose al triunfo de su candidatura, decía:

1 El Agustiniiano Santo Tomás de Villanueva.



«Recibí la diputación, que se vino á mi casa como se recibe á un huésped noble, pero importuno y molesto.»

«Era entonces Aparisi y Guijarro, dice uno de sus biógrafos, más que hombre político, católico ferviente; y al tomar parte en las contiendas políticas, se manifestó partidario decidido de la institución monárquica, recordando que la monarquía católica española ha dado á esta nación días de gloria que nos envidian las primeras naciones del mundo, y que han immortalizado Murillo y Velázquez en sus lienzos, y Lope de Vega, Lista y Quintana en sus obras literarias. Si á la sazón se preguntaba á Aparisi y Guijarro cuáles eran sus opiniones en política, contestaba éstas ó semejantes palabras: «Soy ante todo católico; después, español y monárquico.»

Sus originales ideas, la sinceridad y la buena fe de sus argumentos, la honradez y la sencillez de sus costumbres, consiguieron para él una simpatía general de toda España desde que empezó á tomar parte en los debates del Congreso.

Y ¡cosa extraña! no figuraba en ningún partido político. Su voz, más que la voz de un diputado parecía la voz de la conciencia de todos los españoles amantes de las glorias de la patria.

En corroboración de esta opinión, decía Rico y Amat: «Aparisi y Guijarro no representa ni defiende en realidad un sistema político definido, histórico, ensayado ya en la gobernación de las naciones, ni es jefe ni representante de un partido con organización y con bandera, sino el jay! de una sociedad enferma en su alma y en su cuerpo, que busca el remedio á sus padecimientos morales en el bálsamo de la Religión católica, y el alivio de sus físicas dolencias en la proclamación y en la práctica de la justicia, del derecho y de la verdadera y sensata libertad; el eco y el representante de un partido que constituye la gran mayoría de la nación, formado de españoles ajenos á las cábalas é intrigas políticas, que suspiran tiempo há por la paz, por el buen gobierno y por el engrandecimiento de su patria.

«El sistema político de Aparisi y Guijarro no es el absoluto ni el parlamentario; su bello ideal es el monárquico representativo, con Cortes que sean Cortes, y con Rey que sea Rey. Una amalgama de lo pasado y lo presente, sin estar en oposición con lo por venir; una forma de gobierno basada en lo mejor de todos los sistemas, producto de la experiencia y de la historia, y no el resultado de una escuela, la consecuencia de la ciencia política.»

Y en otro párrafo no menos elocuente exclamaba: «Cuando vemos sentado en los bancos del centro al diputado por Valencia; cuando le oímos condenar los errores, los vicios, las injusticias de los hombres y de los tiempos presentes, indignado unas veces, decorosamente epigramático otras, en estilo castizo siempre, correcto, puro y un sí es no es anticuado, usando de giros nuevos por lo olvidados, de sarcasmos sencillos y naturales, feliz parodia de nuestros más clásicos autores; cuando le oímos recordar con acento ardiente y entusiasta los fueros de Aragón y Valencia, las franquicias y libertades de Cataluña y de Castilla, la sabia política de los Reyes Católicos, el acertado gobierno del cardenal Cisneros, las asombrosas hazañas del emperador Carlos V, las virtudes religiosas, las obras de talento y las glorias militares de los antiguos españoles, figurásenos ver y oír á uno de aquellos procuradores famosos de Salamanca ó de Toledo, de Valladolid ó de Segovia pidiendo libertad é independencia para el pueblo y asociándose á sus Reyes para llevar á cabo empresas gloriosas á la sombra de la bandera española, sin más atributos que la cruz cristiana y las armas de Castilla.»

Un verdadero procurador de nuestras antiguas Cortes era Aparisi y Guijarro, cuando en uno de sus más notables discursos decía:

«¡Contemplad, señores, esa bóveda! La tierra que produjo á Isabel la Católica, á Gonzalo de Córdoba, al cardenal Cisneros, es una grande y generosa tierra; tierra grande y generosa debe ser la madre natural de Hernán Cortés, la madre adoptiva de Cristóbal Colón. El amor, sin embargo, de nuestros padres no me hace olvidar los abusos de los tiempos en que vivieron, sus errores y hasta las miserias de ellos. Mas yo creo que nosotros, como los buenos hijos de Noé, debemos cubrir piadosamente la desnudez de nuestros padres; recibir y conservar lo bueno de los tiempos antiguos y rechazar lo malo; recibir y conservar como fuego sagrado los grandes principios que enaltecieron á esta sociedad. Mirad atravesar quince siglos, abatido alguna vez, pero noble esforzado siempre, al genio de España; va acompañado de sus Concilios de Toledo, de sus Cortes de Aragón ó de sus Consejos de Castilla... pero siempre va detrás de un Rey y de una Cruz.»

Y cuando añadía:

«Yo podré ser el tiempo pasado, pero quiero el régimen verdaderamente representativo, entendedlo bien; no el sistema parlamentario, que es corruptor y francés; porque yo quiero la verdad en todo y la justicia para todos; porque no gusto, ni de despotismo disfrazado, ni de repúblicas vergonzantes.»

Uno de sus más célebres discursos fué el que pronunció en Julio de 1865 en contra del Gabinete del duque de la Torre, que reconoció el reino de Italia. En él anunció como en profecía la revolución del 68, que no tardó en venir, según él lo había anunciado. Cuando ésta llegó Aparisi buscó una solución á la cuestión política, y no halló otra que D. Carlos. Todo el mundo conoce su folleto *El Rey de España*, que valió á su causa muchos partidarios, más de lo que se ha podido creer. De allí es este párrafo de su biografía, que pinta sus ideas, sus sentimientos y su carácter.

«Era casi niño, dice, cuando resonó un grito alegre anunciando que despertaba en el horizonte español la aurora de la libertad. Palpitaban los corazones, y el mío, lo confieso, se gozó también: yo imaginé que era la aurora de un día feliz para España. Profetas de alegres nuevas, nos mostraron un camino sembrado de flores y embellecido con aguas corrientes; al fin de ese camino nos hacían columbrar una tierra paradisíaca. Mis maestros más respetables, mis parientes

más caros, mis amigos más íntimos, se lanzaron en ese camino de bendición tras la esperanza de la felicidad. Pero yo, lo confieso, no llegué á poner en él mi pie, porque, merced á no sé qué instinto misterioso, parecióme que íbamos, no á reformar (de lo cual había no poca necesidad), sino á destruir; que no animaba nuestra obra el espíritu español, religioso, monárquico, libre, el que asistía á los Concilios de Toledo, hablaba en las Cortes de Castilla, respiraba en los fueros de Aragón y de Valencia; sino el espíritu francés, escéptico y burlón, materialista y revolucionario, que jamás supo dar libertad á su patria; verdugo cuando Robespierre, esclavo cuando Napoleón, eunuco y corruptor en tiempos de Luis el Prudente.

«Esto que dije es verdad. Creí entre liberales, sin haber sido liberal ni un instante de mi vida.

«Fuí abogado, y es notorio que liberales y no liberales fueron recibidos en mi casa con igual cordialidad, y defendidos con el mismo celo y con el mismo desinterés.

«Y saben algunos liberales que, si en su próspera fortuna tenían en mí un amigo, en la adversa hallaban un hermano.

«Fuí diputado, y si estreché afectuosamente la mano de personas que sustentaban principios que siempre amé, estrechaba afectuosamente también la de hombres que sostenían los contrarios. Rivero, Sorní y Figueras entre mil, pueden dar testimonio.

«Yo no he recibido ningún agravio personal de la revolución; tampoco quise recibir del liberalismo ninguna merced.

«En mi vida, no ya corta, acompañé á más de un amigo á la cárcel; pero nunca entré en la cárcel.

«A los diecisiete y veinte años recorrí calles y plazas alborotadas de Valencia, y paseaba en los primeros de Octubre último calles y plazas clamorosas de Madrid. Jamás he oído ni una palabra de insulto, ni reparado que se fijase en mí ni una mirada insolente.

«Políticamente hablando, puedo repetir, respecto de los liberales, las palabras de Tácito: *Nec beneficio, nec injuria cogniti...*

Y después añadía:

«Hay una enfermedad que se llama inapetencia de espíritu: no preguntéis al enfermo si quiere algo, porque no quiere nada. Miró en torno suyo, y vió vanidad hasta en las pompas reales; vanidad y miseria en todo, porque todo está sombreado por la vecindad de la muerte. Se reconcentró en sí mismo y se fijó en su pobre corazón, y al sondear su inmenso vacío dió un grito de espanto... Por fortuna en el mío, ¡gracias á Dios! entre muchas miserias queda inmenso cariño, y en ninguno de sus pliegues ¡gracias á Dios! se esconde ni un átomo de odio... La cabeza define el odio: el corazón no sabe lo que es.»

¿Qué mejor retrato moral puede hacerse de Aparisi y Guijarro que las palabras que acabo de copiar? Pero oídle aún recordando su vida parlamentaria:

«Se me llamó soñador, visionario, neo...añade.—[Los grandes hipócritas de la época me llamaron neo! Me rei del apodo y me indigné de la hipocresía. Era yo pecador antiguo, pero católico viejo por los cuatro costados. No iba á las Cortes á medrar; y aunque Dios me hubiera concedido algún ingenio, no hubiera tenido gana ninguna de lucirlo. Amaba la libertad, y por eso no pertenecía á ningún partido; que quien se afilia á un partido en poco ó en mucho la pierde. Era, en fin, un español, hombre de bien como mi padre, que por circunstancias singulares se encontraba solo en las Cortes; y como ni esperaba, ni temía, ni odiaba, podía decir la verdad ó lo que juzgaba era verdad.»

Aparisi poseía cualidades de primer orden como orador, como poeta, como jurisconsulto y como hombre de sólido saber y segura doctrina. En el foro alcanzó reputación envidiable; fué elegido académico de la Española y no llegó á tomar asiento á pesar de la noble altivez de su carácter, y tal vez por esto mismo era un hombre humildísimo.

Retirado de la vida política, en la que nunca halló más que quebrantos, vivía dedicado al trabajo de su bufete cuando le sorprendió la muerte de pronto, en la calle, sin dolores y sin agonía.

El Sr. Aparisi había publicado el 2 de Noviembre del año en que murió (1872) una serie de admirables pensamientos sobre la muerte. El que tantas veces había pronosticado sucesos de gran transcendencia política, parecía presentir su próximo fin cuando trazaba sobre el papel estas sublimes líneas:

«Divina es una Religión que hasta de la muerte se sirve para estrechar la fraternidad entre los hombres.

«Después del pecado, la muerte es un beneficio. ¡Gracias, gran Dios! Tú te compadeciste del hombre y abreviaste sus días sobre la tierra: postrados sólo en tu presencia te damos gracias.

«Siente el cristiano algo dentro de sí que le pone á cubierto de toda tiranía. No la teme; que cosa que dura poco vale poco. No la teme, porque no ha de faltar quien le libre de ella. La muerte es libertad.

«Entrad en ese cementerio, alzad las losas, removed la tierra. ¡Qué república, gran Dios, y qué ciudadanos!...

«Señores que oprimís á los hombres y os moáis de Dios: os doy una alegre nueva: dentro de poco seréis ciudadanos de esa república.

«Morir para quien muere en Jesucristo, es saltar en el bajel que aporta á las playas eternas; es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles.»

Cerraremos estas líneas dedicadas á la memoria de Aparisi con otras muy elocuentes que un querido amigo nuestro le dedicaba el día de su muerte:

«¡Varón justo, alma elevada sobre las miserias de la tierra, hombre grande, más con la grandeza de la virtud que con las vanaglorias del talento y del saber: te dormiste entre los hombres y despertaste entre los ángeles! ¡Tú sabías lo que es morir, y lo dijiste al mundo para enseñanza de todos antes de que Dios, viendo con amorosa complacencia la justicia de tu corazón, te arrebatase en un momento y te coronase con la corona de la eterna gloria!

«¡Sombra queridísima del mejor de los hombres! En este país desgraciado y miserable eras tú uno de los pocos representantes de la antigua España. Aquí, donde tantos mercaderes se llaman patriotas, eras tú de los pocos que amaban con delirio á su patria. Aquí, donde tanto se ha profanado la libertad, eras tú de los espíritus más libres, de los caracteres más independientes que han brillado en nuestro oscuro mundo político...»

## MÁS SOBRE LA DIRECCIÓN DE LOS GLOBOS



La experiencia ha venido á demostrar que no anduvimos equivocados al decir en el último artículo que publicamos sobre la navegación aérea que el invento de los oficiales franceses Renard y Krebs no tenía nada de radical ni nuevo, y que á lo sumo era una buena recopilación de lo que se había hecho hasta el día para resolver el problema de dar dirección á los globos y de hacer éstos aplicables á la navegación por el aire. En efecto; el segundo ensayo llevado á cabo con el globo de Meudón ha fracasado; el tan decantado aparato ha sido, como otras muchas veces, juguete de los vientos, y una vez más ha quedado demostrado que la cuestión no es dar dirección á los globos, sino poner el areostato en condiciones para que pueda obrar el motor sobre él de una manera regular, uniforme y precisa, sin perder de vista que la fuerza de ascensión, aun permaneciendo subordinada á la acción del motor, sea suficiente para elevar pesos de consideración, á fin de que el globo sea aplicable al transporte de personas y de mercancías en forma análoga á como lo verifican los buques en los mares y en los ríos. Este es, sin duda alguna, el verdadero problema, y en su consecuencia, el dar dirección al globo no resuelve más que una parte de él, á la manera como, si se pudiera inventar el movimiento continuo, éste no tendría una verdadera utilidad, no sería otra cosa que un objeto de curiosidad científica mientras no llegase las condiciones del *trabajo continuo*; esto es, una fuerza capaz de consumirse y de reproducirse continuamente, y que pudiese, por lo tanto, utilizarse en los trabajos de las artes y de la industria. No hay que olvidar lo que ya en otra ocasión hemos dicho; la relación de densidades entre el aire y el agua es de 1 á 700, y el hidrógeno, gas el más ligero empleado en la navegación aérea, no es más que 11 veces más ligero que el aire.

Aquí terminaríamos lo que sobre la dirección de los globos tratábamos de decir; pero ya que de este asunto nos ocupamos, daremos á conocer á nuestros lectores una idea que nos ha sido indicada por un apreciable suscriptor de la *Revista*, residente en los Estados Unidos de Colombia, que ha obtenido un privilegio de invención por una muy importante en la fabricación de loza.

El suscriptor á que nos referimos, autor del expresado invento, nos dice á propósito de la dirección de los globos lo siguiente: «La fuerza motriz más adecuada para mover un globo aerostático, debe ser un gran cohete colocado convenientemente.» «Que un químico me ayude á obtener la sustancia expansiva con que pueda cargarse cierto número de veces sin peligro, y que un mecánico complete la gran obra estudiando la mejor colocación y dimensiones del proyectil, y estará resuelto el gran problema del siglo XIX.»

No quisiéramos desanimar á nuestro aplicado suscriptor; pero no podemos menos de manifestarle que, á nuestro juicio, como ya hemos repetido en la *Revista*, no está en hallar la manera de mover los globos la resolución de la navegación aérea, y por otra parte, el cohete que propone, y que tiene algo del viaje á la luna de Julio Verne, no tiene tampoco novedad, pues en resumen, llevado á la práctica, no sería otra cosa que un motor movido por la fuerza expansiva de una sustancia explosiva, lo cual está ya inventado; pues no otra cosa son en realidad los motores de gas y la máquina propuesta por una sociedad de ingenieros de Colonia que se propone utilizar en dicha máquina la pólvora como fuerza motriz.

Además de haber querido aprovechar la fuerza explosiva de la pólvora como fuerza motriz, se ha ensayado también el usar como sustancias motoras los gases del éter, del carbono sulfurado y del amoníaco, lo cual no ha dado un resultado satisfactorio por más que en determinadas industrias se ha empleado con ventaja, en los Estados Unidos, un motor de carbono sulfurado inventado por Ellis.

Para que el suscriptor á que contestamos pueda fijar sus ideas, y para conocimiento de nuestros lectores, resumiremos aquí brevemente, para concluir, lo que sobre motores con destino á los globos se ha hecho hasta ahora.

En primer lugar, se propuso por Mr. Blanchard el





EL ÚLTIMO VIAJE.



empleo de las velas y timones como la de los barcos, lo cual no dió resultado por no ofrecer el aire medios de resistencia como el agua; un aeronauta anónimo propuso después el hacer un globo provisto de velas y sujeto por medio de una cuerda á una tabla que debía flotar sobre el agua; lo limitado de la utilidad de este invento, y el ofrecer los mismos inconvenientes de los globos cautivos, hizo también desear esta idea.

En 1852 se estudiaba por Griffard el modo de

aplicar el propulsor de hélice para dar impulso á los globos; y el americano Rufus Porter, después de haber hecho un pequeño modelo con buen resultado, construyó un aerostato de 50 metros de largo y 5 de diámetro, con una barquilla en forma de salón, de 18 metros de largo y 2,50 de ancha y alto, llevando una máquina de vapor de cuatro caballos que ponía en movimiento una hélice colocada entre el aerostato y la barquilla. La envoltura, mal construída, dejaba escapar el hidrógeno, y el ensayo fracasó.

En 1869 obtuvo mejor resultado Marriott con un globo pequeño de análoga forma al de Porter; pero no tenemos noticias de que se haya realizado la prueba en grande escala.

Mr. Dupuy de Lôme construyó, durante el sitio de París, un globo de 3.500 metros cúbicos de capacidad, movido también por una hélice, con cuyo globo llevó catorce personas desde la ciudad al fuerte de Vannes. En 1873 ensayó en Brünn (Moravia) la aplicación de la hélice movida por una máquina de



LA NOCHE DE ÁNIMAS EN LA ALDEA.

gas especial, utilizando para alimentar la máquina motora el mismo gas que llenaba el aerostato, compensando la pérdida del gas con la evaporación del agua: el consumo del gas era de dos metros cúbicos por hora y caballo. Los ensayos hechos por este camino dan un resultado satisfactorio en una atmósfera tranquila, como ha acontecido en el globo de Meudón.

Las aves han servido también de tipo á los in-

ventores de aparatos para la navegación aérea, tomando al efecto como base las observaciones de varios sabios que han pretendido hallar la relación entre el peso del cuerpo de algunos animales, la superficie de las alas y la velocidad con que mueven éstas, observaciones de las que se han deducido que el gorrión, volando, da 6 á 9 golpes de ala por segundo; la paloma 4 á 5, y el águila, cuando vuela, de 2 á 3, y cuando se cierne 1,50. La avispa

da 110 golpes de ala por segundo; la abeja 190; el abejorro 240, y la mosca 330.

De otras observaciones hechas por Kargl se ha deducido que la mosca da 156 golpes por segundo, que pesa por término medio 44 miligramos, y que sus alas tienen 8 milímetros de longitud y una superficie de 20 milímetros cuadrados.

Con los precedentes datos á la vista se calculó que para sostener á un hombre en el aire en análo





gas condiciones á las en que se encuentran las aves se necesitaba un potencia de dos caballos de vapor; y en un concurso que abrió la sociedad de aeronautas ingleses en 1868 para premiar el motor más ligero que se pudiese aplicar á la navegación aérea, se presentaron 80 modelos, obteniendo el premio una máquina de vapor con cilindro de 5 centímetros de diámetro y 7,50 de largo, que con una presión de 7 atmósferas y 300 revoluciones por minuto, desarrollaba una potencia de un caballo de vapor, vo pesando más de 7,30 kilogramos con la caldera vacía é incluso el peso de la hélice.

Posteriormente se han modificado las conclusiones relativas á la fuerza desarrollada por las aves en su vuelo, calculándose por Kargl que una máquina de volar, cuyo peso y superficie de alas estuviesen en la misma proporción que el peso y superficie de las alas del águila, no debía pesar más de 9 kilogramos por caballo de fuerza desarrollada, lo cual demuestra que no puede buscarse por este camino la resolución del problema de la navegación aérea, toda vez que si para máquinas de vapor construídas á la mayor perfección se necesitarían lo menos 8 kilogramos de agua por caballo de vapor y por hora, en máquinas de la ligereza que necesitaría para el movimiento de los aerostatos no se consumiría menos de 16 á 20 kilogramos de agua en el mismo tiempo y para igual potencia.

Siguiendo el mismo derrotero de disminuir hasta donde fuese posible el peso de la máquina, modificando además la forma del globo, presentó Mr. Tissandier en la Exposición de electricidad de 1881 un pequeño modelo de forma alargada, midiendo 3<sup>m</sup>,50 de largo y 1<sup>m</sup>,50 de diámetro, lleno de hidrógeno puro, con un excedente de fuerza ascensional de 2 kilogramos, y movido por una pequeña hélice que recibía la impulsión de un motor eléctrico Trouvé.

El motor pesaba 220 gramos, y el acumulador Planté otros 220 gramos, y la hélice, después de ser muy ligera, no medía más que 40 centímetros de diámetro; de cuyo ensayo se dedujeron las conclusiones que consignamos en nuestro anterior artículo sobre el motor eléctrico para la dirección de los globos.

En ese estado el problema de la navegación aérea ha venido á animar el estudio del mismo el ensayo hecho en Meudón; pero desgraciadamente, y según dijimos, no se ha adelantado gran cosa, pues por más que el arte de la guerra pueda sacar de los trabajos de los oficiales Renard y Krebs algún provecho, las artes y las industrias de la paz necesitan, á nuestro juicio, buscar otro rumbo, aprovechando, sí, cuanto sobre tan interesante asunto se ha hecho, pero buscando el completo éxito, bien en el descubrimiento de un gas mucho más ligero que el hidrógeno, bien en la dilatación de éste, sobre lo que ya se ha intentado algo, y así tal vez se halle la solución que no acierta á encontrarse en el perfeccionamiento de los medios de propulsión.

La prensa científica sigue con interés la marcha de los diversos experimentos encaminados á la resolución del problema de dar dirección á los globos aerostáticos, el cual, según los últimos, no está tan cercano como hacían esperar los ensayos hechos en Meudón, y de que dimos cuenta en esta *Revista*.

Los estudios de los capitanes Renard y Krebs se fundan en los teórico-prácticos hechos en 1870 á 1872 por Dupuy de Lôme, según los cuales es preciso llenar las siguientes condiciones: Estabilidad de la marcha obtenida por la forma del globo y disposición del timón. Disminuir la resistencia á la marcha estudiando las proporciones del globo. Aproximación de los centros de tracción y de resistencia para disminuir el momento perturbador de estabilidad vertical. Obtención de una fuerza capaz de resistir el empuje de los vientos.

El globo ensayado tiene 50,42 metros de longitud, 8,40 de diámetro, 1,40 de ancho y 1.864 metros cúbicos de volumen.

Por medio de cálculos matemáticos se determinó que para dar al globo una velocidad de 8 á 9 metros por segundo se requiere una fuerza de tracción útil de cinco caballos al vapor, ó sea de 75 kilogramos de fuerza. Calculando en 50 por 100 la fuerza que consumen la hélice y la máquina motriz, la fórmula práctica es de 10 caballos por cada 8 ó 9 metros de velocidad.

El generador de la fuerza motriz es una pila eléctrica dividida en cuatro secciones, que pueden agruparse en superficie ó en tensión de tres maneras distintas. Su peso por caballo-hora es de 19 kilogramos 250 gramos. De los experimentos hechos resulta que es preciso un esfuerzo de 60 kilogramos para obtener un trabajo eléctrico de 840 kilográmetros y 46 vueltas de hélice por minuto.

El peso de los elementos del globo son:

	Kiloga.
Globo y globillos.....	369
Camisa y red.....	127
Barquilla completa.....	452
Timón.....	46
Hélice.....	41
Máquina.....	98
Engranajes y ramas.....	47
Arbol motor.....	30,5
Pila, aparatos é instrumentos.....	435,5
Aeronautas.....	140
Lastre.....	214
	2,000

M. ASTORGA.

(De la Revista popular de conocimientos útiles.)

#### TESTAMENTO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS



N el nombre del Señor comienza el testamento de nuestro Padre San Francisco. Dios Nuestro Señor quiso dar su gracia á mí, Fr. Francisco, para que así comenzase á hacer penitencia; y como yo fuese entonces envuelto en pecados, érame muy amargo ver los leprosos; y el mismo Señor me trajo entre ellos, y usé de misericordia con ellos. Y apartándome yo de ellos, aquello que me parecía amargo me fué convertido en dulzura del cuerpo y del alma.

Y después de poco salí del siglo. Y el Señor me dió tal fe en sus iglesias, que así simplemente adorase y dijese: Adorámote, Santísimo Señor Jesucristo, aquí y en todas las iglesias que son por el mundo, y bendecíste, que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Y después me dió el Señor y da tanta fe en los sacerdotes que viven según la forma de la santa Iglesia romana, por el orden que tienen, que si me persiguieren quiero recurrir á ellos. Y si yo tuviese tanta sabiduría cuanto Salomón tuvo, y hallase á los pobrecillos sacerdotes de este siglo en las parroquias donde moran, no quiero predicar contra su voluntad. Y á ellos y á todos los otros quiero temer, amar y reverenciar como á mis señores. Y no quiero en ellos considerar pecado, porque al Hijo de Dios acato en ellos y son mis señores. Y esto lo hago porque ninguna cosa veo corporalmente en este mundo de aquel Altísimo Hijo de Dios, sino su santísimo cuerpo y sangre, que ellos consagran y reciben, y sólo ellos lo administran á los otros. Y estos santísimos misterios quiero sobre todas las cosas honrar y reverenciar, y en lugares preciosos colocar. Y sus santísimos nombres y palabras escritas, donde quiera que las hallare en lugares no convenientes, quiero cogerlas, y ruego que sean cogidas y en lugar honesto colocadas. Y á todos los teólogos y á los que nos administran las santas y divinas palabras debemos honrar y acatar, como á aquellos que nos administran espíritu y vida.

Y después que el Señor me dió cargo de frailes, ninguno me enseñaba lo que debía hacer; mas el muy Alto me reveló que debía vivir según la forma del santo Evangelio. Y yo en pocas y simples palabras lo hice escribir, y el Señor Papa me lo confirmó. Y aquellos que venían á recibir esta vida, todo lo que podían tener daban á los pobres. Y éramos contentos con una túnica dentro y fuera remendada, los que quieran con la cuerda y paños menores, y no queríamos haber más.

Los clérigos decíamos el oficio divino, según el orden de los otros clérigos, y los legos decían el *Pater noster*. Y de buena voluntad morábamos en las iglesias pobrecillas y desamparadas, y éramos idiotas y sujetos á todos. Y yo trabajaba de mis manos, y quiero trabajar, y los demás frailes quiero firmemente que trabajen de trabajo honesto, y los que no saben apréndanlo, no por codicia de recibir el precio de su trabajo, sino por el buen ejemplo y por alanzar la ociosidad.

Y cuando no nos diesen el precio de nuestro trabajo, recurramos á la mesa del Señor, demandando limosna de puerta en puerta. Esta salutación me reveló el Señor que dijésemos: «El Señor os dé paz.» Y guárdense los frailes que las iglesias y pobrecillas moradas, y todas las otras cosas que para ellos son edificadas, en ninguna manera las reciban si no fueren conformes á la santa pobreza, la cual en la Regla prometimos, siendo en ellas hospedados como peregrinos y advenedizos. Mando firmemente por obediencia á todos los frailes que donde quiera que estén no se atrevan á demandar alguna letra en la corte romana, por sí ó por interpuesta persona, para iglesia ni para lugar alguno, ni so pretexto de predicación, ni por persecución de sus cuerpos; mas donde quiera que no fueren recibidos, huyan á otra tierra á hacer penitencia con la bendición de Dios.

Y yo quiero firmemente obedecer al Ministro ge-

neral de esta fraternidad, y á aquel Guardián que le pluguiere de me dar; y de tal modo quiero ponerme en sus manos, que no pueda ir ni hacer contra su obediencia y voluntad, porque es mi señor.

Y aunque yo sea simple y enfermo, siempre quiero haber un clérigo que me rece el oficio según en la Regla se contiene. Y todos los otros frailes sean obligados á obedecer á sus Guardianes, y hacer el oficio según la Regla. Y si se hallasen algunos que no quisiesen hacer el oficio según la Regla, ó que quisiesen variarlo de otra manera, ó que no fuesen católicos, todos los frailes, donde quiera que están, sean obligados por obediencia, en cualquiera parte que hallaren alguno de ellos, de lo tomar y presentar al Custodio más cercano de aquel lugar. Y el Custodio por obediencia sea obligado de lo guardar fuertemente de día y noche, como á hombre apisionado, de modo que no pueda librarse de sus manos hasta que por su propia persona lo presente en manos de su Ministro. Y el Ministro por obediencia sea obligado firmemente de enviarlo con tales frailes, que día y noche lo guarden, como hombre encarcelado, hasta que lo presenten al Sr. Ostiense, que es señor, y protector, y corregidor de esta fraternidad.

Y no digan los frailes: ésta es otra Regla; porque ésta es una recordación, aviso y exhortación, y mi testamento, que yo Fr. Francisco, pequeñuelo siervo vuestro, hago para vosotros mis frailes benditos, para que la Regla que al Señor prometimos más católicamente guardemos.

Y el General Ministro, y todos los demás Ministros y Custodios sean obligados por obediencia á no añadir ni quitar cosa alguna en estas palabras, y tenga siempre este escrito cerca de la Regla. Y en todos los Capítulos que hacen, cuando leen la Regla, lean estas palabras.

Y mando firmemente por obediencia á todos mis frailes, clérigos y legos que no pongan glosas en la Regla, ni en estas palabras, diciendo: así ó así se han de entender, sino que así como el Señor me dió simple y puramente decir y escribir la Regla y estas palabras, así simple y puramente sin glosa quiero que las entendáis, y con santa obra hasta la fin guardéis.

Y cualquiera que estas cosas guardare, en el cielo sea lleno de la bendición del muy alto Padre celestial, y en la tierra de la de su amado Hijo, con el muy Santo Espíritu Consolador, con todas las virtudes celestiales y con todos los Santos. Y yo, Fray Francisco, pequeñuelo siervo vuestro en el Señor, cuanto puedo os confirmo dentro y fuera esta santísima bendición. — Amén.

#### Bendición de nuestro Padre San Francisco:

«Oh muy amados hermanos y para siempre benditos hijos; oidme, oid la voz de vuestro Padre. Grandes cosas prometimos; mayores nos son prometidas; guardemos éstas, suspiremos á aquéllas; el deleite es breve, la pena perpetua; poco lo que se padece, la gloria infinita; de muchos la vocación, de pocos la elección, de todos la retribución.»

#### Maldición:

«De tí, Santísimo Padre, y de toda la Corte celestial, y de mí, pobrecillo, sean malditos los que con su mal ejemplo confunden y destruyen lo que por los santos frailes de esta Orden edificaste y no cesas de edificar. Amén.»

#### LA NOCHE DE DIFUNTOS



L crepúsculo de un día de otoño brumoso y triste, sucede la noche fría y oscura. Durante algunas horas parece que se ha apagado el continuo hervidero de la población. Unas cerca, otras lejos, éstas con un acento grave y compasado, aquéllas con una vibración aguda y temblorosa, las campanas voltean lanzando al aire sus notas de metal, que ya flotan y se confunden entre sí, ya se dilatan y se pierden para dejar lugar á una nueva lluvia de sonidos que se derrama continuamente de las anchas bocas de bronce como una fuente de armonías inagotable.

Dicen que la alegría es contagiosa, pero creo que la tristeza lo es mucho más. Hay espíritus melancólicos que logran sustraerse á la embriaguez de gozo que traen en su atmósfera las grandes fiestas populares. Con dificultad se encontrará uno que consiga mantenerse indiferente al helado contacto de la atmósfera del dolor si éste viene á buscarnos hasta el fondo de nuestro hogar en la fatigosa y lenta vibración de la campana, que parece una voz que llora y nos relata sus cuitas al oído.

Yo no puedo oír sonar las campanas, aunque



repique voltea alegre como anuncio de una fiesta, sin que se apodere de mi alma un sentimiento de tristeza inexplicable é involuntario; por fortuna ó por desgracia, en las grandes capitales el confuso murmullo de la muchedumbre, que se agita en todos sentidos presa del ruidoso vértigo de la actividad, ahoga de ordinario su clamor hasta el punto de hacer creer que no existen. A mí al menos me parece que la noche de difuntos, única del año en que las oigo, las torres de las iglesias de Madrid recobran la voz merced á un prodigio, rompiendo sólo durante algunas horas su largo silencio. Bien sea que la imaginación, predispuesta á los pensamientos melancólicos, ayude á prestarle apariencias, bien que la novedad de los sonidos me hiera más profundamente, siempre que percibo en las ráfagas del viento las notas sueltas de esa armonía, se opera en mis sentidos un extraño fenómeno. Creo reconocer una por una las diferentes voces de las campanas; creo que cada cual de ellas tiene un tono propio y expresa un sentimiento especial; creo, en fin, que después de prestar por algún tiempo profunda atención al disorde conjunto de sonidos, graves ó agudos, sordos ó metálicos, que exhalan, logro sorprender palabras misteriosas que palpitan en el aire envueltas en sus prolongadas vibraciones.

Estas palabras sin ilación ni sentido, que flotan desasadas en el espacio, acompañadas de suspiros apenas perceptibles y de largos sollozos, comienzan á reunirse unas con otras como se reunen al despertar las vagas ideas de un sueño, y ya reunidas forman un inmenso y doloroso poema, en el que cada campana canta su estrofa, y todas juntas interpretan, por medio de sonidos simbólicos, el pensamiento que hierve callado en el cerebro de los que las oyen sumidos en honda meditación.

Una campana de voz hueca y asordadora, que se balancea gravemente en lo alto de la torre con ceremoniosa lentitud, que parece que lleva un ritmo matemático y se mueve por medio de algún perfecto mecanismo, dice sonando ajustada por puntos al ritual:

— «Yo soy ruido vano que se desvanece sin hacer vibrar una sola de las infinitas cuerdas del sentimiento en el corazón del hombre; yo no tengo en mis ecos ni sollozos ni suspiros; yo desempeño correctamente mi parte en la lúgubre y aérea sinfonía del dolor sin que mis sonoros golpes se retarden ó se anticipen un solo segundo; yo soy la campana de la parroquia, la campana oficial de las honras fúnebres. Mi voz pregoná el duelo de etiqueta, mi voz llora desde lo alto del campanario contando á la vecindad la desgracia á gritos; mi voz, que gime á tanto por sollozo, evita al rico heredero y á la joven viuda otros cuidados que el de las formalidades de la lectura del testamento ó el encargo de los elegantes lutos.

«A mi conocido son salen de su marasmo los industriales de la muerte: el carpringero se apresura á galonear de oro el más confortable de sus ataúdes; el marmolista golpea el cincel buscando una nueva alegoría para el ostentoso sepulcro; hasta los caballos del grotesco carro, teatro del último triunfo de la vanidad, sacuden engreídos sus antiguos penachos de plumas color de ala de mosca, en tanto que los pilares del templo se revisten de bayetas negras, se alza en el crucero el tímulo tradicional, y el maestro de capilla ensaya en el violín un nuevo *Dies irae* para su última misa de *Requiem*.

«Yo soy el dolor de las lágrimas de talco, de las flores de papel y de los dísticos en letras de oro.

«Hoy me toca conmemorar á mis conciudadanos, á los ilustres difuntos por quienes oficialmente lloro, y sólo siento, al hacerlo con toda la pompa y el ruido que conviene á su condición, no poder decir uno por uno sus nombres, títulos y condecoraciones. ¡Acaso esta nueva fórmula servirá de bálsamo al sentimiento de sus familias!»

Cuando al acompasado martilleo de la grave campana ceja un instante, y su eco lejano se confunde y se pierde entre la nube de notas que lleva el viento, comienza á percibirse el tañido triste, desigual y agudo de un pequeño esquilón.

— «Yo soy, dice, la voz que canta y que llora las alegrías ó los pesares del lugar que domino desde mi espadaña; yo soy la humilde campana de la aldea, la que llama con plegarias ardientes el agua del cielo sobre los agostados campos, la que ahuyenta las tempestades con sus piadosos conjuros, la que voltea trémula de emoción y pide socorro á gritos cuando el fuego devora las mieses.

«Yo soy la voz amiga que da al pobre un último ¡adiós!; yo soy el gemido que ahoga el dolor en la garganta del huérfano y que sube en las aladas notas de la campana hasta el trono del Padre de las misericordias.

«Al escuchar mi tañido brota involuntariamente una oración del labio, y mi último eco va á espirar

al borde de las fosas escondidas llevado por el aire, que parece rezar en voz baja agitando las altas hierbas que las cubren.

«Yo soy el llanto que escalda las mejillas; yo soy el sentimiento que seca la fuente de las lágrimas; yo soy la angustia que oprime el corazón como con una mano de hierro; yo soy el supremo dolor, el dolor del desamparo y de la miseria.

«Hoy lloro por esa multitud sin nombre que pasa ignorada por la vida sin dejar más huella en pos de sí que el ancho reguero de sudor y de lágrimas que señala su camino; hoy lloro por los que duermen olvidados en el seno de la tierra sin otro monumento que una tosca cruz de palo que casi ocultan las ortigas y cardos silvestres, por entre cuyas hojas descuellan esas humildes flores de pétalo amarillo que los ángeles dejan caer del halda sobre la fosa de los justos.»

El eco de la esquila se va debilitando poco á poco hasta perderse entre el torbellino de notas por cima del cual se destacan los sordos y cascados golpes de una de esas gigantescas campanas que hacen que se estremezcan al sonar hasta los hondos cimientos de las antiguas catedrales góticas en cuya torre se las ve suspendidas.

— «Yo soy, dice la campana con su medroso y estentóreo acento, la voz de la gigante mole de piedra que para asombro de los siglos alaron tus mayores; yo soy la voz misteriosa familiar á las vírgenes de largo brial, á los ángeles, los reyes y los profetas de granito que velan noche y día á la puerta del templo envueltos en las sombras de sus arcadas; yo soy la voz de los deformes endriagos, de los vestigios y las monstruosas esfinges que trepan por entre las revueltas hojas de piedra á lo largo de las agujas de las torres; yo soy la fantástica campana de la tradición y la leyenda, que voltea sola en la noche de difuntos, tañida por una mano invisible.

«Yo soy la campana de los cuentos medrosos, de las historias de aparecidos y de almas en pena; campana cuya vibración indescriptible y extraña sólo encuentra eco en las imaginaciones ardientes.

«A mi voz los caballeros armados de todas armas se levantan de sus góticos sepulcros, los monjes salen de las oscuras bóvedas en que duermen el último sueño al pie de los altares de su abadía, y los campos santos abren de par en par sus puertas para dejar paso al tropel de amarillos esqueletos que acuden presurosos á danzar en vertiginosa ronda en torno al puntiagudo chapitel que me cobija.

«Cuando mi imponente clamor sorprende á la crédula vieja al pie del antiguo retablo, cuyas luces cuida, cree ver por un momento las ánimas del cuadro danzar entre las llamas de bermellón y ocre al escaso resplandor del moribundo farolillo.

«Cuando mis sordas vibraciones acompañan el monótono relato de la antigua conseja que escuchan absortos los chicos agrupados junto al hogar, las lenguas de fuego rojas y azules que se deslizan á lo largo de los encendidos troncos, y las chispas de luz que saltan sobre el fondo oscuro de la cocina, se les antojan espíritus que voltean en el aire, y el rumor del viento que estremece las puertas obra de las ánimas que llaman en los emplomados vidrios de la ventana con el descarnado nudillo de sus manos de huesos.

«Yo soy la campana que pide á Dios por las almas precitas; yo soy la voz del terror supersticioso; yo no hago llorar, pero erizo el cabello y llevo el frío del espanto hasta la médula de los huesos del que me oye.»

Así unas tras otras, ó todas á la vez, las campanas van sonando, ora como el tema melódico que se destaca sobre el conjunto de la orquesta en una sinfonía gigante, ora como en un fantástico acorde que se prolonga y se aleja dilatándose en el viento.

La luz del día y los rumores que se elevan del seno de la población á par de la luz, pueden tan sólo disipar los extraños engendros de la mente y el lúgubre y pertinaz tañido de las campanas, que aun al través del sueño se perciben como en una fatigosa pesadilla durante la eterna noche de difuntos.

GUSTAVO A. BECQUER.

#### MARÍA CRISTINA DE SABOYA

Hermana de la madre del conde de Chambord (Enrique V).



Se ha terminado recientemente el proceso de canonización comenzado á instruir, por disposición de Su Santidad el Papa Pío IX en 1859, para inscribir en el rango

de los Santos á María Cristina de Saboya, madre del ex-rey Francisco II de Nápoles, y el tribunal de la Sagrada Congregación de Ritos le ha remitido ya á León XIII.

Veinticinco años ha durado la formación del minucioso expediente, que consta de muchos documentos que acreditan todas las preclaras virtudes de la princesa.

María Cristina nació el año de 1812 en Cagliari, de la isla de Cerdeña. Su padre, Víctor Manuel I, se refugió allí en 1806 y allí vivió hasta la caída del Imperio. La princesa tuvo tres hermanas: María Beatriz, la madre de la condesa de Chambord; María Teresa, duquesa que fué de Parma, y María Ana, emperatriz de Austria, la tía del emperador Francisco José, dama de grandes virtudes, que ha muerto este año en Praga, donde estaba retirada desde 1849.

Un movimiento revolucionario obligó á Víctor Manuel á abdicar en favor de su hermano Carlos Félix, y entonces comenzó para la familia del primero una vida errante, habitando sucesivamente en Niza, en Moncaliere y en Génova.

En 1825 fué la reina con sus hijas á hacer el jubileo en Roma, y allí edificaron por su piedad, pues recorrieron las iglesias descalzas y las cabezas cubiertas con grandes velos. Estos ejercicios de piedad se completaban con limosnas y cuidados á los enfermos.

Su Santidad concedió á la reina la Rosa de Oro. La princesa María Cristina, que los ratos que la dejaban libre la oración los consagraba á la pintura religiosa, obtuvo el primer premio de la Academia de San Lucas.

Era, según dice sus biógrafos, de una angelical y dulce belleza; sus ojos azules parecía que reflejaban la pureza del cielo; su palidez mate la daba un aspecto ideal, al que contribuía la expresión de su semblante, que parecía abstraído de las cosas de este mundo. Flor de la rama superior de la ilustre Casa de Saboya, la fueron hechas las más seductoras proposiciones de alianza; el duque de Orleans solicitó su mano, pero su madre y ella rehusaron. La princesa soñaba más con la tranquilidad del claustro que con los esplendores de un trono.

Su madre, María Teresa de Este, murió en los primeros meses de 1832; su padre la había precedido en la tumba desde 1824; á los diecinueve años, María Cristina se encontró huérfana y separada de sus hermanas, que ya se habían casado.

Fué pupila del rey Carlos Alberto de Saboya Carignan, su pariente lejano; y habitando el palacio de Turín, sintió más vivos sus deseos de retirarse á un convento.

¿Por qué no lo realizó? Su biógrafo lo dice. Era entonces su confesor el P. Tosti, y la dijo:

— «Señora, Dios no quiere que Vuestra Alteza se encierre en el claustro, y os pido el sacrificio de que luchéis en el mundo.»

La princesa escuchó aquellos consejos, y dió su mano á Fernando II de Nápoles el 21 de Noviembre de 1832.

Tenía entonces veintidos años, y cuatro fué reina de las Dos Sicilias, y desde el trono derramó beneficios, no saliendo nunca de palacio sino para practicar obras de caridad. Se consagró especialmente á la instrucción de las jóvenes obreras y al desarrollo de la industria de la seda, que proporcionaba ocupación á muchas mujeres en Nápoles.

El pueblo la llamaba la Santa.

El 16 de Enero de 1836 daba vida á su hijo Francisco II, y el 31 del mismo mes murió á consecuencia del alumbramiento, siendo amargamente llorada por su pueblo.

Uno de los primeros que solicitaron su canonización hace veinticinco años, fué el que era entonces Arzobispo de Perusa, el Cardenal Joaquín Pecci, que muy pronto promulgará desde el solio pontificio la decisión que colocará una Santa más sobre los altares.

#### PATRIOTISMO Y ABNEGACIÓN

NOVELA POLACA

POR ESTEBAN MARCEL

Traducida para LA ILUSTRACIÓN CATÓLICA por la M. de M.

(Continuación.)

— Soy polaco como vos — dijo Tadeo con energía. — Como vos aprecio mi país, le tengo lástima y lo amo; pero no veo puertas abiertas para su rescate, y no soy ni bastante habilidoso ni tengo bastante poder para salvarla. La Polonia no está muerta, se ha dormido... Dejémosla dormir, porque tal vez sueñe con hermosos días.

— ¡Sueña con la libertad, y nos ha dejado el cui-



dado de realizar su sueño!... Cállate, niño pensador; no has visto aún la luz; tus ojos eran demasiado débiles, y hubiera podido deslumbrarte. Pero yo te la enseñaré; ¿no te he prometido mis confidencias? ¡Mi pasión es la libertad! ¡mi novia es la patria! No es cruel ni ingrata. Colma de goces sobrehumanos, de infinitas dulzuras, á todos los que la aman, que hemos jurado el libertarla, y que vamos á marchar á la batalla como á una boda. Dejados pasar, escépticos, corazones indecisos y tímidos; no conocemos ni vuestras incertidumbres ni vuestros terrores; somos los prometidos de la muerte y los elegidos de la patria.

— ¿Hablaís, Witold, como si se tramara una conspiración? — preguntó Tadeo, dominado y conmovido por la exaltación de su amigo.

— Hay una conspiración, un complot general, inmenso, de todo lo que tiene fuerza y vida, sangre y juventud, amor y voluntad. Ha tardado mucho tiempo en madurar, tanto que yo formaba parte de él antes de haber dejado los bancos del colegio. Pero se propaga sin cesar, se robustece con nuevos elementos y estallará uno de estos días... Formarás parte de él, Tadeo, y serás de los primeros, porque si tu alma es débil y vacilante, perteneces á una raza de valientes. Y cuando quieras partir, tú, él, mil y ciento, para arrojar sobre las bayonetas rusas, no tendrás necesidad de valor, porque los débiles te lo darán... Tu madre te dará su bendición por escudo; tu prometida te traerá la bandera que ha bordado, las balas que ella ha fundido, é iremos á combatir, y tal vez muramos, dejando tras de nosotros nuestro ejemplo y cien mil vengadores... Hé aquí todas mis confidencias y mis proyectos para el porvenir. ¿Puedo contar contigo, con la influencia de tu nombre y de tu fortuna?

— Sí, á toda hora, en todo lugar, en cualquier peligro — respondió Tadeo dando la mano al joven patriota. — Hasta ahora ignoraba tus proyectos; no creía ver nunca la hora del despertar. Pero cuando tú me llames, acudiré; soy todo tuyo.

— Y es bastante, amigo mío — dijo Witold volviendo á su acostumbrada alegría. — Confía en mí para la designación de los buenos sitios y el momento favorable. Solamente, querido mío, si eres valiente como una espada, también eres delicado como una mujer. La guerra no se ha hecho para tí, y te confiaremos mejor una misión civil... Puedes estar tranquilo; tendrá también sus peligros — añadió viendo que Tadeo hacía una señal para interrumpirle. — Mira, uno de estos días recibirás esto de nuestra parte.

Y hablando así, quitaba de su cinturón uno de los clavos de oro, cuya cabeza, ancha y hueca, encerraba un pequeño sello. Se veía grabado en él el águila de Polonia con esta breve inscripción: «*Por la patria.*»

— Y veréis — continuó Witold — que gracias á esta fórmula mágica habréis olvidado pronto á vuestra necia Angela, que se consume probablemente en este momento al lado de su viejo diplomático.

— Sí, olvidaré sin duda á Angela; pero tal vez no olvide á Alina.

— ¿Y quién os dice que la olvidéis? Esta al menos no os apartará de vuestro deber; no os hará abandonar la bandera de la patria, porque antes que prima es polaca; así lo creo.

En este momento vinieron á anunciar á Tadeo que llegaba un mensajero de Glonki. Aquella mañana, recorriendo la llanura un hombre del campo, había encontrado en la nieve los restos del trineo y del tiro de Witold. Este hombre había ido al momento al caserío de Glonki para comunicar á todos este espantoso descubrimiento.

Todos habían creído, naturalmente, que le había sucedido alguna desgracia á Tadeo. La impresión que había sentido Alina la había puesto mala, y su padre, no menos inquieto, enviaba un hombre rogando á su sobrino, si es que estaba vivo, que él mismo fuese á tranquilizarlos.

La Sra. Oskierko, que entraba en este momento, se preparó también para partir inmediatamente con Tadeo. Witold rehusó el acompañarlos.

— Mi visita en estas circunstancias sería para vuestro tío mas bien un estorbo que un placer — le respondió á Tadeo — porque yo no sirvo para tranquilizar á los ancianos, ni para consolar á las jóvenes. Hasta la vista, pues, amigo mío. Me espera Wojtowicz; vamos á Varsovia. No sé cuándo os volveré á ver, pero cuento con vos. No olvidéis nuestra señal.»

En el umbral de la puerta encontró Witold preparado un elegante trineo con un tronco de dos magníficos caballos negros, regalo de la madre de Tadeo.

— ¡Ojalá que tengan mejor suerte que los últimos! ¡Ojalá que os conduzcan á la gloria! — dijo Tadeo á Witold señalándole el tronco.

— ¿No temen los cañonazos? — preguntó Turno á su amigo.

— Seguramente que no.

— Y bien, me llevarán á la batalla...

— Hasta la vista, amigo mío.

Y mientras que Tadeo y su madre se dirigían hacia Glonki, Witold tomaba el camino de Varsovia á todo galope.

## V

Al cuarto de Alina Sawinska, menos suntuoso que el de su primo, sin embargo, no le faltaba cierta graciosa elegancia. Primero, lo que era una gran ventaja, daba al bosque, y más allá de los frondosos vallados que rodeaban el jardín, la vista se perdía en verano bajo las sombrías masas verdes, ondulándose con la brisa; en invierno, bajo la extraña confusión de sus ramas despojadas y plateadas con la escarcha. El mobiliario, muy modesto, era de una encantadora frescura. Penetrando en este pequeño gabinete, todo tapizado de persa celeste, contemplando la blancura de aquel lecho de colegiala, el poco lujo del tocador, que una mujer de la clase media hubiera despreciado, la brillantez de las flores y de las hojas continuamente renovadas alrededor de la imagen de María, se hubiera podido formar idea exacta de la sencillez y del candor de la que habitaba esta pequeña habitación.

Allí es donde encontramos á Alina quince días después del baile que dió su padre. Estaba algo más delgada, un poco cambiada, la bonita joven de Glonki; porque el terror le había causado una impresión muy fuerte; pero sus alegres y dulces ojos expresaban la satisfacción más sincera y hablaba con una vivacidad encantadora á Alejandra, que la acompañaba en este momento. Sin embargo, Alina estaba todavía muy débil; esbelta y graciosa con su peinador blanco, casi se perdía en las profundidades de un sillón de enfermo, mientras que la señorita Nebutoff, con una amazona de paño gris, se apoyaba en el borde de la ventana, sobre el cual había puesto, cuando entró, su fieltro con pluma grana.

— Sacha, si tú no has estado nunca mala y con delirio, no sabes cuáles son los goces del despertar — decía Alina juntando sus manos con un éxtasis de gozo. — Figúrate lo que se sentirá cuando, después de haber soñado con muerte horrible y de espantosa carnicería, con pupilas ensangrentadas que buscan vuestros ojos y feroces dientes que destrozan un rostro amado, figúrate lo que es el ver desaparecer esas visiones, el sentir que baja sobre una la frescura y la paz, y contemplar al despertar á todos los que amáis, que os están velando.

Y esto justamente es lo que yo he sentido, amiga mía. Cuando he podido reconocer todo á mi alrededor, y conocerme á mí misma, te aseguro que mi primera impresión ha sido deliciosa... Mi padre estaba sentado en donde tú estás, cerca de la ventana; mi tía, al pie de la cama, leía en ese gran sillón, y Tadeo en pie, silencioso, estaba aquí, cerca de mí... ¡Oh! Mira, con esa primera mirada estaba pagada por todas mis angustias...

— Tadeo es un joven singular — replicó la señorita de Nebutoff con alguna indiferencia. — Puede que sea un primo excelente; pero en tu lugar yo no le querría para marido. Parece tan taciturno, tan reservado; se le tomaría por una bella estatua.

— Sacha, hablas muy mal de él, pero te perdono porque no lo conoces. Si vieras que desde que estoy mala no me ha dejado, cómo se inquieta de mis padecimientos más pequeños, cómo previene mis menores deseos, no me dirías que es demasiado tranquilo, ni que no es tierno. Su cariño no es aterrador y pasajero como una tempestad de verano, pero persiste y crece como la yedra, que aun en el invierno no se aja. Después de esto, si no te parece tan expansivo como tú deseas, mejor; porque será á fuerza de abnegación como le obligaré á amarme.

— ¿Crees tú que la ternura tiene ese poder? — preguntó Alejandra con emoción. — ¿Crees tú que se puede, por la única fuerza de una aspiración silenciosa, por un recuerdo incesante, una preocupación sin fin, atraer á sí otra alma, combatirla, vencerla, reinar en ella á pesar del alejamiento y de los obstáculos?

— Lo creo — dijo Alina con sencillez. — Tengo fe en el poder de un amor sincero.

— ¿Será verdad... será posible? — murmuró Alejandra como hablándose á sí misma, y echando sobre los bosques y el campo una mirada que parecía querer penetrar las profundidades del horizonte. Alina la consideraba atónita y se calló también, respetando su silencio. Se estaba en los primeros días de Marzo, y el aire, muy templado, parecía que traía á la tierra los primeros efluvios de la primavera. En el bosque la nieve cubría aún los senderos y brillaba siempre en las ramas; pero en el jardín de Glon-

ki se había disipado bajo la influencia de un rayo de sol, y mostraba la hierba nueva por más de un sitio sus manojitos de un verde tierno. La naturaleza iba á despertarse; iban á volver los días hermosos con las dulzuras de la primavera y el reino de las rosas.

Alejandra parecía que divagaba; sus ojos negros, por lo regular tan orgullosos, en este momento no expresaban sino una singular melancolía.

— ¡Qué cambiado está todo desde tu baile! — dijo ella al fin con un suspiro, volviéndose hacia su compañera. — Entonces era el rigor del invierno, y mañana estaremos en primavera; tú has estado mala y ya estás curada; Tadeo Oskierko estaba silencioso y de mal humor, y hé aquí que tu gracioso cariño, tus buenas sonrisas empiezan á reanimarlo... Sólo en mí no se opera ninguna metamorfosis. Mi padre es siempre bueno y expansivo; yo soy, como siempre, voluntariosa y algunas veces ingobernable, y mi hermano no vuelve todavía de San Petersburgo. ¡Qué lástima que no haya estado en tu baile! Se hubiera divertido mucho con esa boda de Cracovia... A propósito, Alina; no me has dicho quién era aquel original Witold Turno; creo que así se llamaba el que salvó á tu primo.

— Sí verdaderamente — dijo Alina enderezándose en su sillón. — Encontró como por milagro á Tadeo en la llanura, y para hacer que los lobos no lo persiguieran, les abandonó el tiro de sus magníficos caballos.

— Y él, ¿cómo se salvó?

— ¿El? Creo que saltando al trineo de Tadeo.

— ¡Es menester ser muy valiente y muy ágil para hacer una cosa semejante! — dijo Alejandra animándose el fuego de sus ojos. — ¿Qué hubiera sido de tu primo si Turno no hubiera estado allí? En verdad, hubiera pasado un mal cuarto de hora.

— Cállate, Sacha; me estremeces hablando así. ¿Se puede pensar en una escena tan espantosa con tan cruel indiferencia?

— Pero tú misma, Alina, me pareces bastante indiferente por el salvador de tu primo. Me dices: Creo que se salvó saltando en el trineo. Pero en señal de agradecimiento, ¿no le has preguntado detalles sobre tan trágica aventura?

— No llegué á darle gracias, porque al día siguiente se marchó á Varsovia.

— ¿Se fué tan pronto? ¿Y no piensa volver?

— Me parece que no... A decir verdad, no lo sé.

— Verdaderamente, querida mía, creo que deberías interesarte más por el salvador de tu primo.

— Es verdad — suspiró Alina. — Pensar que sin él no hubiera vuelto á ver á Tadeo... Pero no sé por qué no me agrada nada ese Witold; tiene unas maneras tan rudas, tan ruidosas, y con esto una osadía y una audacia feroz.

— Me parece que su osadía no es sino una forma de valor; no lo he encontrado ni rudo, ni brusco, más bien franco y decidido.

— ¿Tú, Alejandra? ¿Pero no ha estado casi descortés mostrando tan francamente en tu presencia su odio por tu país?

— Turno Witold, Alina, es un polaco de raza pura, un patriota exaltado, y por esta razón no podía esperarse otra cosa de su parte. Lo que me ha llamado la atención en él es la franqueza de su carácter, la energía de su naturaleza, que creo lo hace capaz de las acciones más valerosas, de la abnegación más heroica. A tí, Alina, no te gustan los ángulos salientes, las superficies rugosas; necesitas objetos lisos, frentes de mármol y pies de terciopelo.

La gracia suave te cautiva, y la grandeza ruda te espanta. Por eso, queriendo á tu primo Tadeo, has escogido perfectamente.

Cuando seas su esposa, formaréis los dos una encantadora pareja. Pasaréis los días alimentándoos de leche y de miel; tendréis corderitos empolvados de blanco y cayados con cintas de rosas. Solamente que, como no se vive siempre debajo de las hayas y en el césped, y pueden venir á incomodarlos en vuestros idilios, necesitaréis, por miedo á los lobos, rodearos de perros con dientes bien aguzados.

— Contra los lobos tendremos, como un perro, á Witold Turno, el valiente defensor de Tadeo — dijo Alina, que empezaba á impacientarse un poco.

— Vamos, no te enfades, Lineta — dijo Sacha riéndose y abrazando á su amiga. — Todo el mundo no ha nacido capitán de aventureros; la gracia y la dulzura tienen, efectivamente, un gran mérito, porque agradan con preferencia á los ángeles como tú. Para probarte que los aprecio vendré á menudo á jugar con vosotros á la pastorela. Y mira, aquí viene Tiris, que, esperando, te va ha hacer olvidar la pequeña contrariedad que has tenido. Le cedo el sitio y voy á buscar á mi padre. Hasta la vista, mi Lineta.

Y Alejandra salió alegremente después de haber estrechado la mano de su amiga. Muy pronto entró Tadeo acompañado por su madre, porque, en efecto, Sacha los había visto por la ventana del jardín.



— ¡Qué amable sois, tía, de venir á verme otra vez! ¡Dos visitas en quince días!

No siento haber estado mala, porque, gracias á un acceso de fiebre, he tenido el gusto de abrazaros más á menudo—dijo Alina—echando sus brazos al cuello de su tía.

— ¿Pero, querida mía, no hay también en todos tus amables cariños algún recuerdo para Tadeo? —dijo la señora de Oskierko tomando la mano de Alina afectuosamente.

— ¡Oh! Verdaderamente que sí, querida tía—repitió Alina ruborizándose.—Pero no tengo necesidad de decir á Tadeo que siempre es aquí muy bien venido. ¿Cómo podría seros indiferente? ¿No lo miro yo como mi hermano?

— ¿Y si te pidiese que no lo considerases ya como á tal? —dijo la señora de Oskierko mirando á Alina.

— ¡Cómo! ¿Tadeo se incomodaría con mi cariño? ¿Tadeo no me... no nos amaría ya?—balbuceó Alina sonrojándose.

— Alina, no has comprendido bien la pregunta de mi madre—dijo Tadeo con dulzura, acercándose á su prima y tomándole la mano.—Hasta aquí he tenido orgullo y me he honrado con que me llames tu hermano; pero ¿qué me responderías si te dijera que ya este título no me es bastante? Lo que yo ahora te pido, Alina, es una ternura más viva, más profunda: es hoy el don de tu palabra, y más tarde el de tu mano. Eres mi prima amada; pero esto no es bastante para mí, y no seré feliz hasta que quieras ser mi mujer... Te hago una pregunta muy seria, Alina mía; mi suerte, y tal vez la tuya, dependan de tu respuesta.

— ¿Has hablado á mi padre, Tadeo?—murmuró Alina sonrojándose.

— Sí, mi tío aprueba mis proyectos y aguarda tu decisión. Pero tal vez haya un obstáculo entre los dos, y esto es lo que he querido decirte en presencia de mi madre. Alina, no quiero engañarte... En Italia he amado ó he creído amar á otra joven que encontraba tan bella y que creía tan sincera como tú. Le había dado todo mi amor; pensando encontrar en ella el ideal de todos mis ensueños. Pero me ha engañado, me ha abandonado y despreciado. Después de este amargo desengaño he creído que mi corazón estaba muerto, y me había prometido á mí mismo no creer y no amar... Tu pureza, tu gracia y tu ternura han sido más fuertes que yo, Alina; me has vencido.

Todas las lágrimas que derramaba las has secado, y has despertado la fe y la esperanza en mi corazón. Ahora y siempre este corazón te pertenece... ¿Me perdonarás el haberme extraviado un momento cuando estaba solo y lejos de tí?

Alina fijó sobre su primo su alegre y hermosa mirada, medio velada por las lágrimas.

— No hablemos de lo pasado, Tadeo—le dijo.— ¡El porvenir nos será tan dulce!

— Vamos, pues, ha hablar del porvenir, mi querida Alina—dijo el joven estrechándole la mano...— ¡Dime que ahora es mío el porvenir! ¡Dime que consientes en darme, en tu fiel corazón, ese lugar, el primero de todos, que ninguna influencia humana, ninguna catástrofe imprevista podrán quitármelo de aquí en adelante!... Alina, un segundo desengaño me mataría, y lo que te pido es la vida.

— Entonces vivirás, Tadeo, y vivirás feliz si tu vida depende de mi fe y de mi ternura. Madre mía, dígame Ud. que yo nunca he cambiado—dijo la joven escondiendo su lindo rostro, bañado en lágrimas, en el seno de la señora de Oskierko.

— Lo sabe, y yo lo sé aún mejor que él. Gracias, Alina, hija mía; has cumplido los deseos más caros de tu madre, que está en el cielo, y de la que va ha reemplazarla cerca de tí. Hijos míos, os bendigo como prometidos, y un día os bendeciré como esposos. Alina, tu padre también se alegrará mucho. Vamos, hijos; vamos á buscarle para comunicarle nuestras alegres noticias.

La señora de Oskierko salió con los dos jóvenes; y como el tiempo estaba muy templado, Tadeo llevó á su feliz prometida al jardín. Muy pronto se dispuso la confusión de la primera declaración, y hablaron cariñosamente y familiarmente como buenos amigos de infancia y prometidos ya de larga fecha. ¡Cuán dulce les era el hacer los dos proyectos, sobre todo á Alina, que los hacía por la primera vez de su vida! No dejarían del todo á su padre; la mitad del año lo pasarían en Glonki. Tadeo, en Mlynck, le dejaría la casa grande á su madre, y construiría para él y para su mujer un pequeño pabellón rústico, donde pasarían el verano como verdaderos solitarios, y más tarde se lo cederían al mayor de sus hijos. Para el viaje de boda, Alina iría á Varsovia á darle las gracias más expresivas al Sr. Witold Turno, al cual le debía la vida de su marido.

Oyendo hablar de Turno, sintió Tadeo una impre-

sión desagradable. Le era penoso el pensar en sus compromisos y recordar su promesa en el momento en que era tan feliz. Pero muy pronto olvidó al fogoso conspirador; ¡los proyectos de Alina eran tan seductores y su voz era tan suave!...

Esperando la vuelta del Sr. Sawinski, se entretenían los jóvenes en sus proyectos halagadores. Le habían dicho á la señora de Oskierko que su cuñado estaba ausente, y que no volvería hasta la noche. Tarde fué, en efecto, cuando se paró delante de la puerta el carruaje en que venía el padre de Alina. Los dos prometidos fueron á recibirlo á la puerta; pero estaba ya muy oscuro, y no repararon en lo pálido que venía hasta que entró en el salón; les causó terror su expresión sombría é irritada.

— Parecéis triste, hermano mío—le dijo la señora de Oskierko.— ¿Os ha sucedido alguna cosa desagradable? Teníamos, sin embargo, que daros muy buenas noticias.

— Decídmelas, querida hermana; después yo os hablaré. Mis noticias llegarán siempre demasiado tarde.

— Y bien: os voy á decir algo que os llenará de satisfacción. Esperábamos vuestra vuelta para rogaros que bendigáis los esponsales de estos dos niños.

— ¿De verdad? ¿Está ya arreglado?—repitió el Sr. Sawinski con agradable sorpresa.— ¿Te has decidido ya, Alinita, en poner al viejo papá en segundo lugar para conceder el primero al marido? Tadeo, hijo mío, ámala mucho, y prométeme que la harás feliz... Además esto vendrá más tarde, porque actualmente Alina es demasiado joven para pensar en casamiento; y además, ¿quién piensa en boda después de los sucesos de hoy?

— ¿Qué queréis decir? ¿Qué sucesos?—preguntaban precipitadamente al Sr. Sawinski.

— ¡Ay, hijos míos! En nuestro rincón de tierra vivimos, amamos y hacemos proyectos, mientras que en Varsovia caen los mártires y lloran las madres. El correo ha traído hoy á Ostrolenka noticias muy desoladoras. El 25 de Febrero los rusos han roto el fuego en las calles sobre los grupos reunidos para festejar el aniversario de nuestro hermoso hecho de armas de Grochow, y ha habido muchas víctimas.

La señora de Oskierko palideció, y Alina fijó sobre su padre una mirada de espanto.

— ¿Y no se ha seguido ningún combate después de esto?—preguntó Tadeo al Sr. Sawinski.

— ¡Un combate! ¿Con qué quieres tú que se batan? ¿Dónde está los fusiles, los cañones y las municiones de guerra? Nada está preparado, nada ha venido; es menester sufrir y esperar aún, y dejar correr de nuestras venas populares esa sangre que no será derramada en vano. Sólo que estas convulsiones pasajeras son el preludio de la catástrofe final, y el 25 de Febrero ha visto brillar el principio del fin. En Varsovia, los mismos sacerdotes denunciaban la tiranía moscovita y predicaban la guerra santa; todas las mujeres han adoptado este símbolo de resurrección y de esperanza en el dolor... Conviene que tú también lo lleves, hija mía, para tomar parte en las angustias y lágrimas de tu país.

Y el Sr. Sawinski sacó de una cajita de cartón un pequeño crucifijo de azabache rodeado de una corona de espinas y colgado de una cinta negra.

— Este es, hija mía, un regalo muy triste en el día de tus esponsales. Sin embargo, acéptalo con gozo, como conviene á una sincera polaca, á una cristiana resignada, y llévalo con valor, con tantos otros oprimidos y tantas otras víctimas. Y no pensad ahora en boda, hijos míos; no se casa nadie cuando está de luto.

— ¿No tenéis ninguna noticia de Witold Turno, tío?—preguntó Tadeo con inquietud.

— Tengo, pero son poco importantes... Witold, que no es del número de las víctimas, debe partir uno de estos días para Alemania y Francia. Está encargado de una misión importante, dada por orden superior. Witold no es uno de esos hombres que se cansan ó retroceden. Necesitan de él en el extranjero, y se presenta; cuando haga falta aquí, volverá... Pero pensemos en nuestros negocios personales, hijos míos. ¿No estaría muy bien que fuéramos á la iglesia mañana, y rogáramos al señor cura que bendijera vuestros anillos de esponsales?

(Se continuará.)

## LOS CAPUCHINOS



La Congregación de los Padres Capuchinos data en Italia del año 1525, y en Francia de 1568. Sus primeros fundadores fueron algunos Hermanos Menores Observantes, que obtuvieron de Clemente VII el poder formar una Congregación aparte, deseando vivir, en cuanto

fuese posible, como vivieron los primeros compañeros de San Francisco.

El P. Pedro Deschamps fué quien en Francia intentó inaugurar una reforma semejante á la de Italia. Un mercader de vinos de París y el Obispo de Sisterón, Emerico de Rochechouart, les proporcionaron una casa y una capilla en la villa de Piepus.

Con la protección de Carlos IX y del Cardenal de Lorena fueron agregados á los Capuchinos italianos, y construyeron un convento frente al palacio del Louvre, sobre un terreno comprado á la reina Catalina de Médicis.

Pronto crecieron en número y figuraron en la Orden individuos de las principales familias de Francia. Dedicados á la predicación, fueron adversarios poderosos del protestantismo, y con el arma de la palabra provocaron á los ministros protestantes y respondieron á los errores de éstos con tanto éxito, que el Arzobispo de París escribía al Papa Clemente VIII: «La religión católica debe su restablecimiento, después de Dios, á la Orden de los Capuchinos.»

A mediados del siglo XVII había ya trescientos conventos esparcidos en ocho provincias, y contaban 1.834 religiosos, de los cuales 1.367 eran predicadores y controversistas.

La lucha contra los protestantes no impedía á los Capuchinos emprender otras misiones. Aceptaban los cargos de capellanes del ejército y de la armada, de las galeras y de las cárceles, y asistían á los asilos de penitencia, desempeñando la difícil misión sacerdotal.

En el orden de las letras, la Congregación de los Capuchinos contó gran número de oradores sagrados, historiadores, filósofos y teólogos renombrados.

No creyendo bastante la Francia para su celo, fundaron la colonia de Maranhao, intentaron fundar establecimientos franceses en Marruecos, recorrieron la Turquía, la Palestina y la Persia. A instigación suya se fundaron las misiones de Grecia, de Siria, de Persia, de la Antilla, del Canadá, de la Luisiana y de Cayena. Los primeros agentes consulares de Francia en Atenas en 1656, fueron los Capuchinos.

En 1669, el Gobierno francés, de acuerdo con el comercio de la ciudad de Marsella, confió á los Capuchinos la educación é instrucción de los jóvenes que se dedicaban á la profesión de intérpretes para las embajadas, consulados y la banca.

La Orden ha tenido y tiene hombres ilustres en las ciencias y las artes. En la librería de Diogene hemos visto una esfera monumental, hecha á principios del siglo XVIII por un Capuchino, el P. Luis María le Grand d'Auxonne, en cuya esfera todos los grandes descubrimientos de Livingstone y de Stanley, celebrados con tanto entusiasmo, se ven marcados y perfectamente diseñados.

Nada diremos de sus trabajos históricos, arqueológicos y de ciencia natural; recordaremos solamente la grandísima influencia que los Capuchinos se conquistaron con su abnegación. Su valor en los casos de incendio era legendario, y por eso muchas veces, cuando ocurría alguno, se les confiaba la dirección de socorros. La primera bomba de incendios que ha existido en París se vió en su convento de la calle de Saint-Honoré. Cuando la peste devastaba á París en 1579, los Capuchinos fueron los que más se expusieron al peligro, alcanzando gran popularidad. No hay pueblo alguno donde existieran los Padres Capuchinos en aquella época, en cuyos anales no se refiera su caridad para con los enfermos, y cómo muchos de dichos religiosos sucumbieron víctimas de su celo.

Constituíanse en los lazaretos, y allí suministraban los socorros espirituales, haciendo además las veces de enfermeros, de médicos y de notarios; y durante aquel tiempo, los hermanos que no se hallaban expuestos al peligro se consagraban á proveer á los demás de todo cuanto necesitaban para el socorro de los enfermos.

Moría un Capuchino y otro ocupaba su puesto, y muchos seguían á la peste de ciudad en ciudad hasta que morían víctimas de su abnegación.

Luis XIV, en una carta en la que confirma la protección concedida á los Capuchinos, habla de sus servicios en estos términos: «En la administración de los Sacramentos á nuestros súbditos, tanto en ejército de tierra como en el de mar, y en el servicio de los apestados, se han expuesto muchas veces con un valor admirable en todas las provincias donde reinaba este mal contagioso, pereciendo en número de 278 en el ejercicio de tan sublime caridad.»

En la parte de la Provenza, el año 1720, gran número de Capuchinos murieron víctimas de su abnegación: 43 en Marsella y 76 en las diversas ciudades de la Provenza, igualmente infestadas.

La Revolución dispersa á los Capuchinos como á todas las demás Ordenes religiosas. Los que queda-



ron en 1805 se reunieron con los romanos, pero fueron nuevamente separados en 1810.

En 1824 fundaron conventos en Aix, Marsella y otros puntos; en 1835 el cólera morbo dió ocasión á que reconquistaran su antigua popularidad. Hoy poseen cuarenta y dos conventos esparcidos en cinco provincias, con cerca de 600 religiosos. Han creado instituciones importantes para el socorro de enfermos, huérfanos y desgraciados de todas clases.

Durante la guerra sus conventos servían de hospitales: varios religiosos murieron víctimas de la viruela, durante el riguroso invierno en Alemania, en medio de los prisioneros.

¡Estos son los hombres que odia la Revolución!

#### CONOCIMIENTOS ÚTILES

*Fuegos voladores.*—La pieza más elemental de los fuegos artificiales es el cohete, que consiste en un cartucho de cartón, que por uno de sus extremos se estrangula con un bramante con objeto de disminuir su abertura; este cartucho se rellena de una composición variable, según la clase de fuego que quiera producirse. Un cohete muy brillante está cargado de

Nitro.....	16	partes.
Azufre.....	4	—
Carbón.....	7	—
Limaduras de hierro.....	4	—

El fuego chino se produce mezclando:

Nitro.....	6	partes.
Azufre.....	1	—
Carbón.....	1 ½	—
Polvorín.....	9	—
Fundición.....	5	—

El eje del cohete debe estar hueco hasta las tres cuartas partes á partir del punto donde se enciende, y dentro de este hueco se coloca la mecha. Para cargar el cohete se emplea un atacador hueco y un eje clavado en un cilindro; se va echando la composición, y martillando con el atacador se consigue que ella quede bien apretada y compacta. Luego se ata una varilla al cohete de longitud tal que el centro de gravedad quede un poco debajo del cartucho, con lo cual el cohete, al dispararse, seguirá una dirección recta.

Los adornos que acompañan los cohetes son generalmente estrellas luminosas ó lluvia de fuego. Las de color tienen la composición de las luces de bengala; las de lluvia de oro se hacen con

Nitro.....	16	partes.
Azufre.....	4	—
Pólvora.....	4	—
Carbón.....	1	—
Negro de humo.....	1	—

Las serpentinas consisten en pequeños cohetes, cuyo cartucho se hace generalmente con naipes doblados sobre sí mismos varias veces; á cada cambio de dirección, la fuerza cambia de sentido y hace serpentear la pieza.

El marrón es una caja de cartón redonda ó rectangular cargada con pólvora. El petardo es un cartucho resistente lleno de pólvora y atado por los dos extremos.

Las mangas de cohetes se hacen llevando un cilindro ó cañoncito de cartón fuerte ó de hierro, con cohetes ó culebrinas. Debajo de éstos se pone pólvora, que, al inflamarse, lanzan encendidos al espacio los cohetes y culebrinas.



JOSUÉ PARA EL SOL EN SU CARRERA.  
Cuadro del Sr. Amat.

Las alcachofas consisten en un cilindro de cartón chato, cuya base inferior tiene cuatro agujeros y la superficie lateral otros dos opuestos; al encenderse la composición de cohete de que se llena, los rayos de fuego que salen por los agujeros inferiores imprimen un movimiento ascendente, y los de los laterales lo comunican de rotación, y de aquí que resulte un movimiento ascendente y rotatorio á la vez.

*Modo de conservar la sardina fresca.*—Se conservan tan bien las sardinas en la manteca, que cuando se comen parecen frescas. —Tómese para cincuenta sardinas una libra de manteca fresca, y hágase derretir con cuatro onzas de sal, una y media de pimienta fina y un poco de nuez moscada. Derretida ya la manteca, cuidando de que no se enrojezca, se deja enfriar bastante para que, metiendo en ella la sardina, salga ésta cubierta, y en este estado se colocará en unos botes de greda. Por fin se volverá á calentar la manteca que reste de la operación y se vaciará sobre las sardinas para que queden cubiertas, y en seguida se taparán con la exactitud posible los vasos.

En Bretaña, salan un poco la sardina, después la fríen en la sartén, ó bien la asan en las parrillas, y luego la ponen en unos barriles pequeños, con pimienta, vinagre, laurel y clavillos, cuyo conjunto forma una especie de salsa.

*El garrotillo.*—Según el Dr. Delthil, las membranas que constituyen el garrotillo, y cubriendo las vías respiratorias llegan á producir la muerte del enfermo, se funden bajo la acción de los vapores de brea y de esencia de trementina; aun después de practicada la traqueotomía, basta quemar cerca del lecho del paciente una mezcla de trementina y alquitrán, llenando la habitación de humo de dichos vapores, que al respirarlo el niño enfermo nota bienestar, sintiendo que las falsas membranas se despegan y las va arrojando en forma de espitos, como sucede en los constipados. Conviene además lavar la garganta del niño con coaltar y agua salada. Como medida de precaución, se deben fumigar con brea las habitaciones donde duermen otros niños no atacados, para evitar que contraigan tan terrible enfermedad.

*Precauciones en las bodegas.*—La luz que penetra en las bodegas debe ser moderada, puesto que la

muy intensa deseca los envases, y la oscuridad puede contribuir á que se pudran. Todo cuanto puede fermentar debe alejarse de la bodega, como la madera verde, vinagres, sales delicuescentes, etc. Los vinos atonelados deben estar en poyos de unos 15 á 25 centímetros de altura sobre el suelo, y en posición horizontal, á fin de que el poso que se vaya formando se deposite en el fondo del barril.

#### Poción contra la jaqueca.

Quinina.....	1	gramo.
Alcohol de 80°.....	9	—
Alcoholato de canela.....	5	—
Jarabe de vainilla.....	25	—

Mézclese. Tómese á cucharada de café al comenzar el dolor.

*Curación de la goma en los frutales.*—Uno de los medios que en opinión de M. Prillieux dan buen resultado para la curación de la enfermedad de la goma en los árboles frutales, es la escarificación de la corteza practicando incisiones longitudinales en las ramas, con lo cual se produce la emisión de brotes vigorosos y sanos, y la curación de la enfermedad.